

OBRAS REUNIDAS V

Inmaculada
o los placeres
de la inocencia

Pasado presente

JUAN GARCÍA PONCE





OBRAS REUNIDAS

V

JUAN GARCÍA PONCE

OBRAS REUNIDAS

V

Novelas



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Inmaculada o los placeres de la inocencia, FCE, 1989
Pasado presente, FCE, 1993
Primera edición en *Obras reunidas*, FCE, 2008

[Primera edición en libro electrónico, 2012]

García Ponce, Juan

Obras reunidas, V. Novelas / Juan García Ponce ; nota bibliográfica María Luisa Herrera. — México : FCE, 2008

565 p. ; 26 × 19 cm — (Colec. Obras Reunidas)

ISBN 978-968-16-6986-7 (Obra completa)

ISBN 978-968-16-7916-3 (Tomo V)

1. Novela 2. Literatura mexicana — Siglo xx I. Herrera, María Luisa, nota II. Ser. III. t. IV. *Inmaculada o los placeres de la inocencia* V. *Pasado presente*

LC PQ7297 .G815

Dewey M863G532o

Distribución mundial

D. R. © 2008, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14110, Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com
Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel.: 55-5227-4672

Diseño de portada e interiores: R/4, Pablo Rulfo

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-968-16-6986-7 (empastado, Obra completa)

ISBN 978-968-16-7916-3 (empastado, Tomo V)

ISBN 978-607-16-10324 (epub)

ISBN 978-607-16-48365 (pdf)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

SUMARIO

Inmaculada o los placeres de la inocencia • 9

Pasado presente • 279

NOTA BIBLIOGRÁFICA • 561

INMACULADA
O LOS PLACERES
DE LA INOCENCIA

INMACULADA era una niña alta, delgada, con las piernas muy largas. Su hermano mayor le decía Lince porque apenas hacía algo que considerara malo y por lo que podían regañarla, castigarla o pegarle echaba a correr y nadie podía alcanzarla. Una vez abofeteó a una de sus hermanas antes de sentarse a la mesa para desayunar; de inmediato le dio la espalda, salió corriendo, se perdió en la huerta y estuvo trepada en un árbol hasta que fue de noche, a pesar de los continuos gritos primero y de las ocasionales llamadas que no dejaron de producirse durante todo el día. Mientras más pasaba el tiempo y seguían buscándola, más disminuía la falta en sí y se agrandaba el hecho de que estuviera escondida y menos se decidía a abandonar su lugar entre las ramas altas. Nunca sintió hambre, pero estaba incómoda y cansada y conforme fue oscureciendo empezó a tener miedo a la noche que, estaba segura, iba a pasar en las ramas del árbol.

Las luces de la casa estaban encendidas cuando se decidió a bajar y dirigirse muy lentamente a una de las entradas de atrás, con la cabeza baja, mirándose los pies a cada paso. Su hermana mayor la tomó por los hombros sacudiéndola durante un tiempo interminable pero sin pegarle hasta que, ante la vista de muchos de sus hermanos, la acostó boca abajo sobre sus piernas y le dio de nalgadas sin que ella murmurase nada, sin que llorara ni su inescrutable expresión cambiase en lo absoluto. Después, su hermana la llevó del brazo hasta su cuarto, la dejó ahí y cerró la puerta. Cuando regresó con una bandeja con algo de comer, ella, sin haber cambiado su neutral expresión, se había desvestido y estaba en la cama. Sus ojos negros no miraron a su hermana sino lo que estaba en la bandeja. Dejó que la pusiera sobre sus piernas y empezó a comer desordenadamente y a grandes bocados sin dirigirle en ningún momento la palabra a su hermana. Al terminar, su hermana tampoco le habló, recogió la bandeja, apagó la luz y salió del cuarto.

Vivían en una casa muy grande con ecos coloniales. La huerta era enorme y al fondo estaban las caballerizas. Su abuela fue la responsable de su nombre: Inmacu-

lada, la última de siete hermanos y cuya madre murió pocos días después de que naciera ella, tal vez por su culpa. Siempre se vistió de blanco. Cuando ya usaba vestidos le ponían unas altas calcetas que cubrían sus piernas hasta debajo de las salientes rodillas y sus cerrados zapatos de charol tenían inevitablemente una hebilla dorada. Sentada en el piso con las pantorrillas bajo los muslos, con las manos sobre su falda, sentía la gruesa tela, dura y tiesa, del fondo que su hermana Rosario, la mayor, la que a pesar de sus quince años se encargaba de ella, de vestirla y desvestirla, de acostarla y despertarla, de bañarla y también de castigarla, regañarla o pegarle, la obligaba a usar ignorando las protestas de Inmaculada que quería estar desnuda o con sólo los calzones bajo el vestido como cuando era más niña aún y no dejaba de asegurar que la tela le raspaba al ser apretada por el vestido sobre su delgado cuerpo. Tenía un lunar al final del muslo izquierdo, cerca del sexo. Cuando estaba sola, con una tristeza y una alegría ante el reconocimiento de que estaba sola y lejos de todo, mientras la tarde se prolongaba, miraba llover sentada en el pretil de la enrejada ventana de su cuarto. La lluvia hacía brillar las hojas de los álamos dorados y rebotaba furiosamente sobre la calle empedrada. La habían engañado sobre el hecho de que su madre hubiese muerto. Durante sus primeros cinco años, mamá era la nueva esposa de su padre sin que a ella se le ocurriera que había algo raro en que escuchara que sus hermanos mayores la llamaran tía y en cambio había otros hermanos, más chicos que ella, para los que la mujer de su padre también era mamá.

Montaba a caballo con Manuel, su hermano mayor. Entonces no se vestía de blanco sino con botas, unos *breeches* grises y un suéter rojo de cuello de tortuga. Su traje de montar, siempre igual. Se veía más frágil y delicada con él. Su hermana Rosario se quedaba en el cuarto y Manuel la esperaba. Atravesaban la huerta tomados de la mano. En las caballerizas las hermosas y fuertes cabezas de los caballos asomaban muchas veces por encima de los cubículos. De vez en cuando uno de los caballerangos hacía correr en círculos a un joven y brillante animal mientras él permanecía de pie en el centro. Inmaculada miraba levantarse el polvo y las patas del animal. Le hubiese gustado montar a pelo sobre él, con sólo la brida entre sus frágiles y largas manos. Sin embargo, ya había dos caballos, no siempre los mismos, totalmente preparados para Manuel y ella. Un caballerango los sostenía por las riendas. Manuel ayudaba a Inmaculada a subirse al suyo. Salían por la puerta de atrás, atravesaban unas cuantas calles empedradas y enseguida estaban en el campo. Iban a trote o galopaban, uno junto al otro, por los estrechos caminos con las ramas de los árboles unidas arriba, veían campos sembrados y las jacarandas mostraban un ropaje morado. Inmaculada adelantaba de vez en cuando a Manuel y Manuel tampoco vacilaba en dejarla atrás. Los caballos sudaban, pero ellos no. Al entregarlos al caba-

llerango la gran mano de Manuel tomaba la de Inmaculada. A veces, de pronto, él la cargaba mientras atravesaban la huerta. Los dos se reían y era como ir montada en otro caballo e Inmaculada podía apoyar la cabeza en el hombro de Manuel y lo quería mucho.

Fue una de esas tardes cuando Inmaculada olvidó su fuate y regresó a la casa. Correr con sus piernas largas, los brazos doblados a la altura del pecho, los puños cerrados y el aliento entrecortado. Pasar frente a la puerta del cuarto de sus padres y escuchar los suspiros, los gemidos, los gritos apenas sofocados. Detenerse frente a la puerta, en el pasillo vacío, con el corazón latiendo muy fuerte por el hecho de estar ahí escuchando, tratando de interpretar lo que oía, de imaginar lo que le era imposible imaginar. La conocida puerta de dos hojas y detrás los rumores. Y no vestida de blanco, con el duro fondo, con las calcetas y los zapatos de charol, sino con los pantalones de montar, las botas, el suéter en el que todavía no se señalaba nada, quedarse escuchando, tratando de imaginar, muy quieta hasta que también adentro, después de las voces, gritos, nombres murmurados, se hizo el silencio, un silencio súbito, pesado, dentro del que ella podía imaginar en la cama que conocía a su papá y su mamá, sin saber qué más podía imaginar, pero tratando de representarse algo imposible de representar. Alejarse de la puerta e irse caminando muy despacio, tratando de no hacer ningún ruido porque reconocía que había oído algo que no debería haber oído.

Aquella tarde fue sólo una niña asustada e incapaz de comprender, una niña curiosa, aunque supiera que no debía recordar lo que oyera. Con la memoria fija en esa puerta cerrada, como si la imposibilidad de ver le diera ojos a sus oídos, correr hasta la puerta de su cuarto y buscar el fuate. Ninguna carrera hubiese logrado que tuviera el aliento tan entrecortado. Ver todavía su imagen, la frágil imagen que ahora ella hacía culpable, en una de las lunas del enorme ropero, abrirlo y sacar el fuate.

Al regresar por el pasillo no miró hacia el cuarto. Había caminado despacio, con el fuate en la mano golpeando rítmicamente su costado y con la otra mano hacia abajo, sin dirigirse a ningún lado, encerrada sólo en esa acción en la que no intervenían sus manos ni las piernas, ni los ojos que querían ver lo que no podían imaginar. Nadie reparó en ella, nadie salió a su paso en la casa donde había tanta gente y ahora la niña a la que Manuel le decía Lince era incapaz de correr. Pero su hermano estaba esperando. Los árboles de la huerta con los troncos de diferentes colores, formas y tamaños; las ramas que determinaban las copas anchas o esbeltas; las hojas con sus cambiantes estilos y texturas; algunos frutos que hacían colgar alguna rama. En uno de esos árboles ella había estado escondida un día, pero ahora Manuel la

esperaba en las caballerizas. Inmaculada le mostró el fute sin decir nada y él tampoco habló al ayudarla a montar.

El enorme caballo la obedecía dócilmente y, mientras, ella no veía nada a su alrededor, sólo quería estar otra vez frente a la puerta del cuarto, ponía de pronto el caballo a galope y su hermano la seguía y luego los dos iban junto al otro, al trote. Finalmente, dejaban los sudados caballos en la caballeriza. El penetrante olor cuando los entregaban a uno de los caballerangos que debían quitarles los arreos de montar y dejarlos en sus cubículos.

Muchas veces, con sus largos camisones blancos, descalza, con el pasillo a oscuras, había tenido que dejar la cama impulsada por sus pensamientos sin forma, salir de su cuarto e ir a tratar de escuchar algo tras la puerta cerrada. Muchas veces lo logró y era una realización aunque sólo después supiera qué era lo que oía.

Por lo pronto, aquella tarde, vestida todavía con el traje de montar, después de dejar a su hermano, que nunca le pedía explicaciones, corrió a la casa de su abuela. Entonces iba llorando, pero no le dijo a su abuela por qué lloraba. Todo ocurrió en la sala. Inmaculada se había limpiado con el dorso de la mano las lágrimas antes de entrar; sin embargo, sentada en el piso igual que tantas otras veces, con la cabeza apoyada en el regazo de su abuela, las lágrimas empezaron a fluir nuevamente y la segura y suave mano de su abuela lo notó enseguida.

—¿Qué te pasa? —dijo.

—Nada —contestó Inmaculada.

La mano de su abuela le limpió las lágrimas y después se quedó callada acariciándola en la cara. Inmaculada sintió que empezaba a llorar otra vez y su abuela siguió limpiándole las lágrimas y acariciándole la cara y el pelo, hasta que su mano se quedó apoyada en el pelo como si no quisiera impedirle a Inmaculada que siguiese llorando.

—Yo sé lo que te pasa. No quiero saber si alguien te lo dijo o te diste cuenta tú misma. Es cierto. La que tú llamas mamá y tus hermanos mayores tía, no es tu mamá, tampoco es mi hija, tal vez por eso lo notaste, pero no me arrepiento de ello. Nunca voy a tu casa, nunca la saludo. Ella es la segunda mujer de tu papá. La primera, la verdadera, mi hija, tu mamá y la de tus hermanos mayores, murió poco después de que tú nacieras. Decidimos no decírtelo. Creo que hicimos bien; pero ahora ya lo sabes todo. Me gusta haber sido yo la que te lo aclaró. Ésa es la verdad. No importa cómo te lo dijeron o cómo empezaste a sospecharlo.

Inmaculada no sabía por qué decidió ir a casa de su abuela; nunca había pensado en decirle nada. Ahora la abuela había hablado e Inmaculada podía seguir llorando y que su abuela creyese que era por lo que le había dicho cuando Inmaculada

ya no sabía tampoco por qué lo hacía. Su mamá no era su mamá, pero entonces también lo que había oído tras la puerta tenía otro sentido y podía tener curiosidad y llorar porque su mamá no era su mamá, porque su mamá había muerto, porque era incapaz de representarse lo que había oído, porque era sorprendente y le atraía más aún sabiendo que la que estaba en la cama con su papá no era su mamá. Le daba una intensa felicidad poder ser tan infeliz.

Su abuela dejó el pelo de ella y empezó a acariciarla de nuevo en la cara mientras le contaba muy despacio una complicada historia que era la historia de su familia y que Inmaculada no entendió. Escuchaba y recordaba los ruidos que su papá y su tía hacían tras la puerta. Algunas veces, mientras oía, sus ojos se cerraban, sólo sentía la delicada mano de su abuela y hasta esas caricias se unían a lo que había oído tras la puerta. No supo cuándo dejó de llorar, pero ya no lloraba cuando su abuela se calló, la hizo levantarse y la besó en la frente y en las mejillas y otra vez en la frente y luego en los párpados de sus ojos cerrados. Inmaculada, con su traje de montar, en la enorme sala de la madre de su verdadera madre.

Su abuela tendría ahora el dolor de haber tenido que contárselo todo a Inmaculada y no saber lo que iba a pasar hasta que hablara con alguna de sus hermanas mayores; Inmaculada unía lo que le había contado su abuela y lo que había oído en su casa sin saber muy exactamente en qué consistía esa unión. Al regresar a la casa de su padre, a su casa, con sus hermanos, con los otros que de todas maneras eran sus hermanos para ella, sin saber cómo iba a reaccionar ante la que hasta entonces fuese su mamá, sin correr ya sino, al contrario, caminando muy despacio, mientras su dedo índice tocaba la pared, las ventanas, las puertas de las casas junto a las que pasaba extendiendo la mano más allá de sus pantalones de montar en tanto el fuste golpeaba rítmicamente contra el otro lado de ellos alcanzando hasta las botas, sintiendo el vacío de cada una de las calles que la acercaban a su casa, Inmaculada decidió que tenía que cambiarse antes de bajar a cenar. Volvería a ser la niña vestida de blanco, con las calcetas, los zapatos de charol y los gruesos fondos. Logró llegar hasta su cuarto y entrar al baño, desvestida, sin que nadie la viera; pero Rosario entró sin tocar, la ayudó a secarse, la envolvió en la toalla y la vistió en su cuarto. Inmaculada no le contó nada. Durante la cena, como sus demás hermanos, le dijo “tía” a su madrastra.

Toda la familia estaba en el comedor con sus aparadores a los lados, la ancha y larga mesa con su blanco mantel, las ventanas con las cortinas abiertas sin que se viera casi nada del patio en sombras, la gran araña y las gruesas vigas que atravesaban el techo de la casa, con su padre en la cabecera y su esposa frente a él en la otra cabecera. A pesar de su brevedad un larguísimo silencio cubrió el comedor.

Inmaculada, la más chica entre los hermanos a la que permitían sentarse a la mesa, acababa de hablar y sus palabras marcaban una revelación comprensible para todos pero incomprensible en boca de ella. Sin embargo, nadie cambió de actitud, nadie comentó nada, se escuchó el ruido de algún cubierto contra algún plato, su padre miró un instante a Inmaculada y la conversación siguió donde se había interrumpido. El silencio sobre la revelación que acababa de hacer Inmaculada convirtió, en silencio, a Inmaculada en la hermana de sus verdaderos hermanos, aunque no pudiera dejar de sentir también a sus otros hermanos, los que eran hijos de su madrastra y no estaban en el comedor, como hermanos. Ellos no deberían advertir nada, por la misma razón que Inmaculada tampoco lo notaba antes. Cuando besó a su padre antes de irse a dormir, él apretó contra sí a Inmaculada durante un tiempo que se le hizo muy largo y difícil de resistir a la niña vestida de blanco. En cambio, la niña vestida de blanco apenas rozó la mejilla de su tía.

Había una rigidez especial en la actitud de Rosario cuando subió a acostar a Inmaculada. El silencio entre las dos resultaba desacostumbrado. Rosario tomó del cuello a Inmaculada mientras atravesaban los pasillos y no la soltó hasta el cuarto. Inmaculada se sentó en la cama y Rosario se colocó frente a ella con una rodilla en el piso, le desabrochó y le quitó los zapatos y las calcetas. Se puso de pie, ayudó a Inmaculada a desvestirse, sacó el camión de debajo de la almohada y luego Inmaculada estaba bajo las mantas sin que hubiesen hablado. Entonces, sentada en la orilla de la cama, Rosario preguntó:

—¿Por qué le dijiste “tía”?

Sin moverse, con las manos bajo las mantas, Inmaculada miró a su hermana:

—Nuestra abuela me lo contó todo —contestó.

Rosario se puso de rodillas frente a la cama y tomó una de las manos de Inmaculada bajo las mantas.

—Hizo mal. Todavía no tenías por qué saberlo. De todas maneras, ella sigue siendo tu mamá —dijo.

—No. Yo soy como ustedes. Soy tu hermana —contestó Inmaculada con un gesto obstinado en la boca, el gesto que, de allí en adelante, con sólo un ligero énfasis podría volverse también de desdén y desprecio, pero que ahora nada más quería marcar su decisión.

A pesar de ese gesto, en la cama, con el suelto pelo negro sobre la blanca almohada, con sus marcadas pero infantiles facciones, se veía muy niña. Rosario la besó en la frente. Inmaculada sintió ganas de llorar otra vez, pero también estaba la otra escena, la que había oído tras la puerta y tampoco quería mencionarla. No lloró. Le pidió a Rosario que le contara de nuevo lo que le había dicho su abuela. Al contra-

rio que su abuela, Rosario dijo que su papá no era malo y aseguró que tampoco la otra mujer de su papá. Su mano soltó la de Inmaculada y salió de las mantas. Rosario se puso de pie y enseguida se inclinó para volver a besar en la frente a Inmaculada. Antes de apagar la luz y salir del cuarto se volvió hacia su hermana, cuya mirada la seguía, con los negros ojos muy abiertos.

—No pienses más en eso. Pregúntame cualquier cosa siempre que quieras y también a tus hermanos. Yo le diré a papá y a los demás que ya lo sabes todo.

Apagó la luz y salió. A oscuras, sin cambiar de posición, viendo cómo poco a poco la oscuridad del cuarto se iba aclarando, Inmaculada pensó mucho. Un conocimiento seguro de algo que sólo había oído, de lo que nunca hablaría con nadie y que tenía que convertirse en conocimiento. Ahora no eran sombras sino ese conocimiento y el conocimiento que no lo era, que estaba formado por la imagen que se hacía de sí misma vestida con su traje de montar y oyendo los rumores tras la puerta. Esos rumores, por encima, revueltos con el verdadero conocimiento. Mientras, los perfiles del cuarto se aclaraban cada vez más y en medio de sus pensamientos los ojos empezaban a cerrarse. Sin darse cuenta de que lo hacía, se puso de lado.

Fue con su abuela y sus hermanos a conocer la tumba de su madre. Había pasado muchas veces junto al cementerio, sin pensar en entrar nunca. Los caminos entre las tumbas eran estrechos y muchas de ellas estaban maltratadas. Nadie parecía saber qué decirle a Inmaculada, ni siquiera Manuel o Rosario. Su abuela la llevaba abrazada. Finalmente se detuvieron ante una cripta bastante grande. No entraron. Encima estaban los apellidos de la familia de su abuela. El segundo apellido de Inmaculada. Nunca había pensado en esas diferencias. Le gustaba saber que ya no era tan tonta, tenía un orgullo que había que disimular. Lo apropiado era estar triste. Sin embargo, no sentía nada de eso, sólo que no sabía quién era su madre. Estaban todos frente a la cripta, sin entrar ni decir nada. Su abuela la apretó contra sí. Pero Inmaculada no lloró como todos esperaban que lo hiciera. Así su silencio tenía más sentido. Salieron del cementerio con su abuela abrazando todavía a Inmaculada y sus hermanos guardando un silencio que ahora hasta Inmaculada podía interpretar como una forma de respeto mientras su abuela seguía abrazándola. Vio los cipreses que siempre había visto sin pensar que estaban alrededor o cerca de las tumbas y que entre esas tumbas estaba la cripta donde se encontraba la que fue su madre y que ella no conoció.

Miró mucho tiempo, por primera vez, la fotografía de la que fuese su madre que, en la casa de su abuela, delante de sus hermanos, le regalase ella. Inmaculada regresó con sus hermanos a la casa, abrazada esta vez por Rosario que le pasaba la

mano por el hombro y la apretaba también contra sí. Guardó la fotografía en su ropero. Podía pensar en la figura de esa fotografía como la de su madre, pero era incapaz ante ella o lejos de ella de decir la palabra “mamá”. Su tía no era su madre e Inmaculada sólo tenía una fotografía que debía significar todo pero no lograba sentir qué era eso. Resultaba mucho más natural considerar a Rosario como su madre, aunque la otra, la verdadera, cuyas facciones conocía sin reconocerlas en ella misma, se quedaba en el ropero y ahí estaba, ahí debería estar, no en la cripta frente a la que se detuviera con su abuela y sus hermanos, donde era sólo un fantasma cuya fotografía tenía.

Como siempre, la familia comió junta. Inmaculada vio a la que hasta entonces fuera su madre. Podía despreciarla, pero no podía evitar una nueva curiosidad unida a los rumores que escuchara. Aunque Inmaculada la llamara “tía”, su madrastra siguió actuando como su mamá; su padre fue siempre inesperadamente distante, inesperadamente rudo, inesperadamente cariñoso. Sus hermanos se parecían a él. Muchas veces, a Inmaculada le gustaba estar en sus brazos, que la levantara del piso como Manuel la levantaba para subirla al caballo y en la huerta. Y sin que nadie lo supiera, al pasar por la puerta del cuarto de su padre y su madrastra cuando sabía que ellos estaban ahí, se detenía a escuchar y pensaba en lo que pasaba adentro, sin llegar a ninguna conclusión, sin hacerse ninguna imagen clara, sin atreverse a preguntarle a nadie. Sólo sabía que nada era como los mayores pretendían que fuese y eso lo sabía ella y los mayores no lo tenían en cuenta. Ellos vivían lejos, en otro lado, aunque estuviesen a su alrededor. Ella era más como sus hermanos pequeños que no eran sus hermanos, no por completo. Su abuela pasó a ser también una mentirosa a la que no podía preguntarle en qué consistían los rumores. Pero Inmaculada no la quiso menos por eso, resultaba natural que no pudiese confiar en ella tampoco.

Empezó a ir a la escuela. Primero al kínder. Los uniformes, una falda guinda con tirantes, una blusa blanca, calcetas blancas y zapatos negros, se compraban en una tienda. A ella le quedaban demasiado anchos o demasiado cortos; pero Rosario se los arregló. Terminó el kínder, donde tuvo sus primeras conocidas más que amigas, porque no había nada de qué hablar, más bien se participaba en juegos comunes. Empezó a aprender a leer y escribir. Sus piernas apenas cabían en los bancos, la mayor parte de sus compañeras se reían mucho. Ella le pegaba ligeramente a la de adelante con los pies. Una empezó a decirle Jabalina, no Lince como Manuel, aunque ahí, en la escuela, tampoco nadie la podía alcanzar cuando echaba a correr. Poco a poco, algunas entre ellas hablaban de “eso” y todas tenían distintas versiones que contar, la “verdad” sobre lo que oía en el cuarto de su padre y su madrastra, el cuarto que también fuera de su madre; empezó a formar parte de su experiencia

cotidiana, especialmente con la amiga que le había dicho por primera vez “Jabalina”. No importaba que no fuese una única verdad sino diferentes versiones con distintas variantes, todas ellas posibles de creer y relacionadas de inmediato con sus propios rumores, de los cuales no le hablaba a nadie. Todavía, por las tardes, los sábados y los domingos Rosario la vestía de blanco y ella era distinta a sus hermanas mayores aunque, igual que ellas, llamase tía a su madrastra. En sus sueños su madrastra siempre representaba lo que sabía a través de sus conversaciones en la escuela y de lo que ella misma inventaba, pero al despertar sólo se sentía avergonzada y trataba de olvidarlos, incluso se proponía evitar cualquier nueva conversación para no sentir vergüenza.

La escuela a la que iba junto con sus hermanas era una enorme casa con un patio central, columnas de piedra rosada y corredores detrás de los cuales estaban los salones de clase, en altas habitaciones, con grandes puertas y ventanas alargadas con barrotes. Detrás de la ornamentada reja de hierro con su amplia entrada había primero árboles frutales y éstos rodeaban toda la casa. Apenas entraba, Inmaculada se separaba de sus hermanas como si fuera una regla establecida por quién sabe quién en algún año lejano y cada una se avergonzara de la otra. Ella regresaba por su cuenta a su casa, que no estaba lejos de la escuela. Era entonces y no durante los recreos, siempre ocupados por algún juego dirigido, cuando hablaban de lo que después se proponía no volver a hacer sin lograrlo nunca y casi siempre era la misma niña la que iniciaba esas conversaciones. Inmaculada sólo se dejaba llevar. Su forma natural de ser era echarse a correr cuando sentía curiosidad. La niña con la que hablaba después de las clases la llevaba siempre agarrada de la mano. Muy pronto empezó a tomar clases de religión, aparte de las que le daban en los cursos con las de historia sagrada, para prepararse para su Primera Comunión. Se confesó con el capellán de la escuela, pero sólo confesó, a pesar de las muchas preguntas del capellán, algunos actos de ira, pequeñas desobediencias y ninguna de sus conversaciones secretas ni la manera en que escuchaba ante la puerta en el cuarto de su padre y su madrastra. En cambio le encantó hacerse el traje para la Primera Comunión. Era como ir disfrazada. Mucho más que la Primera Comunión le interesaba el traje. Todas sus hermanas decían que se veía muy bien con él, que era la imagen misma de la pureza, pero nadie sabía que la que mejor se sentía con el traje era ella y apenas podía se observaba orgullosamente en cualquier espejo. Luego hizo la Primera Comunión con las demás niñas que tomaban clases con ella. La iglesia estaba adornada y había música. Se las arreglaron para que a ella y a su amiga, la que la acompañaba hasta su casa tomada de la mano, les tocara desfilas juntas, pero lo más importante siguió siendo el traje, aunque no se diferenciara en nada de los

demás. A Inmaculada siempre le entusiasmaron los trajes con los que podía sentirse diferente. Daba lo mismo hasta que sólo fuese el cambio que representaba el uniforme del colegio junto a sus vestidos blancos. También sentía lo mismo vestida para montar. Durante la ceremonia no puso mayor atención a lo que decía el cura al frente, ni siquiera cuando le pusieron la hostia en la boca. Había sido más importante caminar, sentarse, arrodillarse con su nuevo traje, saberse observada por su abuela, su papá, su tía y todos sus hermanos.

Volvió a disfrazarse para las fiestas de fin de curso cuando les hacían trajes de papel para que bailaran por parejas e Inmaculada sentía el papel crepé sobre su cuerpo desnudo y le gustaba la fragilidad de los vestidos y tener las piernas y los hombros descubiertos y ver, mientras se sentía disfrazada con un traje más frágil que nunca, con flores de papel también en el pelo, bailando por parejas o tomando de la mano una tras otra a las niñas de su clase, al público formado por los familiares y las monjas y las alumnas mayores que las contemplaban.

Cuando pasó a segundo año, Joaquina, la niña que acompañaba a Inmaculada a su casa tomándola de la mano, junto a la que hizo la Primera Comuni3n y con la que bailó con su traje de papel crepé, las piernas y los hombros descubiertos y flores de papel en el pelo, fue también la primera a la que invitó a la hacienda de su familia. Había que hacer un largo viaje en automóvil, el paisaje cambiaba y la hacienda no le pertenecía a nadie, era el lugar que Inmaculada conocía desde siempre, desde antes de saber que lo conocía, cuando iba en el automóvil sentada en las piernas de Rosario que al cansarse se la pasaba a cualquier otra de sus hermanas, donde todo era diferente, más grande, con otros olores, con amplios campos de caña y de todo tipo de granos, donde montaba a caballo no sólo con Manuel sino también con sus demás hermanos y hermanas, donde vio las cañas hirviendo en enormes pailas para convertirlas en piloncillo, donde conoció los graneros en que guardaban los elotes, donde la casa principal era aún más grande que la suya en la ciudad y donde fue ella la que le enseñó a Joaquina esas cosas.

En la ciudad Manuel ya no montaba a caballo con Inmaculada. Ella iba a la escuela, tenía tareas y él tenía novia. En cambio, Inmaculada tuvo derecho a pasar a ser la dueña de la casa de muñecas que antes fuese de sus diferentes hermanas. Estaba pegada a una de las bardas a un lado de la huerta. Tenía muchas muñecas; ahora, además, tenía una casa para ellas. Las trasladó allí desde su cuarto guiada no por su hermano Manuel, ni por Rosario, sino por otra hermana, Carmen, que también iba a la escuela y aumentó la colección de muñecas de Inmaculada regalándole las suyas, igual que lo habían hecho antes las hermanas mayores con ella. También fue Carmen la que guió a Inmaculada hasta la casa de muñecas y le enseñó a entrar

inclinándose y la ayudó a acomodar las muñecas junto a las suyas. Enseguida, Inmaculada llevó a esa casa a Joaquina. Allí Inmaculada y Joaquina jugaban con las muñecas hasta que era imposible ver en la improvisada casa semioscura en la que ninguna ventana permitía la entrada de la luz. Arrullándolas para que se durmieran, cambiándolas una y otra vez de vestido, de rodillas o sentadas sobre el piso de tierra aplanada. Luego pasó algo, antes de invitar a Joaquina a la hacienda. En la casa de muñecas, sentadas o de rodillas en el piso, con el mismo uniforme de la escuela, mirándose una a otra con una muñeca en los brazos, estaban siempre tan solas, no sólo en esa casa de muñecas, sino también en medio de sus demás compañeras de la escuela, se sentía tan bien caminar tomada de la mano de Joaquina al ir hacia la casa, saber que tenía una amiga. Inmaculada era más alta que Joaquina que, fuerte y robusta, hacía ver aún más delgada y frágil a Inmaculada; Joaquina tenía el pelo más claro y era más blanca, siempre era la que decidía lo que debían hacer e Inmaculada obedecía. Una tarde, Joaquina propuso un nuevo tipo de juego. Había desvestido a una de las muñecas y se la enseñó a Inmaculada. El pequeño cuerpo desnudo sin ningún vello, como el de ellas, pero, a diferencia de ellas, sin ninguna abertura al frente, cerrado por completo en su imitación de piel, aunque ni Inmaculada ni Joaquina fuesen tan rosadas como ella.

—¿Y si yo me desvistiera también? —dijo Joaquina.

Inmaculada no entendió lo que su amiga quería. Joaquina tuvo que insistir:

—¿No quieres verme desnuda a mí también?

—¿Desnuda, tú? ¿Para qué? —contestó Inmaculada.

—Para estar igual que la muñeca, para ser otra muñeca —murmuró Joaquina.

Y en tanto, sin esperar la respuesta de Inmaculada, que la miraba fijamente sin saber lo que esperaba ni sentir que era capaz de oponerse a nada, Joaquina se había bajado ya los tirantes del uniforme y empezó a desabrocharse la blusa. Su fondo era igual a los que Inmaculada usaba. Sin intervenir, miró a Joaquina desvestirse por completo. Inmaculada la vio. A diferencia de las muñecas, igual que ella, tenía una abertura entre las piernas, pero menos evidente que la de Inmaculada. Joaquina se acostó en el piso.

—Pásame la mano de una muñeca por el cuerpo —le ordenó a Inmaculada.

Asombrada y también fascinada, sin apartar en ningún momento la vista del cuerpo de su amiga, Inmaculada, sin dudar de que debía obedecer y quería obedecer, de que el hecho de tener que obedecer le gustaba, sin mirar hacia la hilera de muñecas tomó una de ellas y manteniéndola en sus manos se quedó un momento indecisa, mirando el cuerpo de Joaquina.

—¿Dónde? —preguntó al fin.

Joaquina había cerrado los ojos.

—Donde tú quieras, por todo el cuerpo.

La muñeca que Inmaculada tenía entre las manos estaba vestida. Ella le quitó el trajecito. Luego la puso al lado de Joaquina.

—¿Qué esperas? ¿No quieres hacerlo? Pásame la mano de la muñeca muy despacio, por donde tú quieras —suplicó Joaquina sin abrir los ojos.

Inmaculada tomó la muñeca por el tronco con una mano y con la otra le estiró el brazo. La pequeña y tiesa mano de la muñeca se posó en el hombro de Joaquina y luego fue descendiendo por su tronco. No se detuvo en los pechos, lisos todavía, a pesar de los salientes pezones. Giró varias veces alrededor del ombligo.

—Así, muy despacio —dijo en voz baja Joaquina respirando profundamente.

Inmaculada se sentía transportada por la fuerza que la obligaba a obedecer, no era más que la obediencia, no estaba excitada sino como suspendida por algo, vacía de sí misma. Muy despacio, muy despacio, a pesar de su inmovilidad, sintiéndola viva como si fuese una prolongación de la suya, siguió bajando la mano de la muñeca por uno de los muslos de Joaquina. Ella había empezado a mover su cuerpo.

—Métela allí, méteme la mano allí, la mano de ella, de la muñeca primero —le rogó a Inmaculada al fin.

Inmaculada había detenido la mano de la muñeca sobre el muslo de Joaquina. Miraba la abertura que ella también tenía y la muñeca no.

—¿Dónde? —preguntó.

—Allí entre mis piernas, adentro —pidió Joaquina abriendo los ojos y mirando a Inmaculada que, con la muñeca en la mano, estaba de rodillas a su lado.

—No —contestó Inmaculada, asustada.

—Sí, por favor, no seas mala, sólo un poco, necesito saber qué se siente, hazlo —pidió Joaquina sin que su respiración entrecortada le permitiera hacerlo con claridad, mirando a Inmaculada, con los ojos muy abiertos, fijos en ella, con las piernas separadas, con un brazo acariciando su cuerpo y el otro extendido con los dedos doblados en una forma igual a la de la mano de la muñeca.

Inmaculada, de rodillas junto a ella, era entonces la obediencia y la fuerza. Su fuerza se encontraba en el hecho de poder obedecer. Imposible saber nada de eso; pero allí estaba, con la muñeca en la mano, Joaquina desnuda en el piso subiendo y bajando el pubis como si incitara y suplicara con sus movimientos a que se cumpliera lo que pedía. Había vuelto a cerrar los ojos. Para obedecer, Inmaculada tenía que vencer el miedo y seguir su curiosidad. La miró un momento más, con el fino dibujo de sus almendrados ojos negros y el gesto de desdén y desprecio que desde entonces sus labios eran capaces de adoptar sin que su voluntad interviniese para

nada, pero que en esta ocasión estaba dirigido no contra Joaquina, ni contra sí misma, sino que era un producto de la sorpresa por lo que sentía, por lo que el cuerpo blanco y robusto de Joaquina y el agudo conocimiento de tener a la muñeca en sus manos le hacía sentir: una extrema frialdad que es todo ardor; la superioridad de su distancia y la debilidad de su cercanía; la curiosidad y el rechazo: los que ya había sentido escuchando unos ruidos frente a una puerta cuando no quería que nadie la viera y que, desde entonces, en la casa de muñecas, serían los signos que sintiera en sí misma tanto como los que podía notar en Joaquina, era un amor por lo que no dudaba en reconocer como prohibido y a lo que quería ceder, como si en vez de verlo pudiera ser la protagonista de lo que había oído aunque no se pareciese en nada y equivaliera a lo mismo. Todo estaba presente aunque no pensara, de rodillas con una muñeca en la mano y enfrente, Joaquina, desnuda como la muñeca, suplicándole, ordenándole y a sus órdenes, con los signos de una vida que jamás tenían las muñecas, y que pedían que pusiera en contacto la inmovilidad de la dura y pequeña mano de la muñeca con los movimientos de Joaquina. Inmaculada, por la manera en que ella reaccionaría y por lo que sentiría en ella al hacerlo, acercó la mano de la muñeca al sitio donde Joaquina la esperaba y le había pedido que la pusiera. Hubo muy poca resistencia. Joaquina sólo esperaba ese contacto, podían verse los labios muy rojos entre sus piernas. Inmaculada conoció, como un puro instrumento, la emoción de dar placer y el dolor en los otros ante la emoción que ella sólo sentía como placer podía unirse al placer de los otros y aumentar su emoción. Pero aunque su mano era la de la muñeca y tenía los labios entreabiertos y los ojos fijos en la mano que se perdía en el interior de Joaquina, no podía reconocer su placer sino sólo ver el de Joaquina. El brazo de la muñeca ya había entrado por entero a Joaquina que movía el cuerpo de arriba abajo y la cabeza de un lado a otro mientras se quejaba y suspiraba. Inmaculada empezó a mover el brazo dentro de Joaquina. Con la voz entrecortada, ella insistía en pedirle más —“más, más, más”— e Inmaculada obedecía.

—Ahora tú, tú misma, con tu mano —murmuró después Joaquina.

No había ninguna posibilidad de negarse, siempre había sido la mano y el brazo de la muñeca y, aun sin saberlo, nada más quería que le pidieran tocar el interior. Retiró la muñeca muy despacio y acercó primero uno de sus dedos y luego otro y luego un tercero mientras su palma también se movía sobre Joaquina.

—Acaríciame con la otra mano el cuerpo —le pidió Joaquina mirando alternativamente la cara de Inmaculada y la mano en su interior.

Inmaculada obedeció. El cuerpo suave y blanco de Joaquina y su mano seca y más oscura recorriendo ese cuerpo. Permanecieron así un tiempo indefinido, bus-

cando sin proponérselo una cima a la que desconocían que se podía llegar y sin embargo, para las dos, era una intensidad sin límites. La casa de muñecas ya era otra. Inmaculada retiró finalmente la mano del sexo de Joaquina. Ella le pidió a Inmaculada, con un tono desprovisto de la ansiedad que tenía su voz antes y que resultaba exactamente igual al gesto de tomarle la mano mucho tiempo atrás al salir de la escuela, que se acostara sobre ella. Inmaculada obedeció de inmediato. Aunque estuviera vestida con el uniforme que Joaquina se había quitado, necesitaba sentirla bajo su cuerpo. Se quedó sobre ella sin que ninguna de las dos hiciera ningún movimiento. Luego Joaquina le rodeó la cintura con los brazos a Inmaculada. La cara de Inmaculada estaba pegada a la de Joaquina y las dos tenían los ojos cerrados cuando escucharon a Rosario llamándolas. Se separaron de inmediato. Inmaculada se puso de pie. Su cabeza llegaba al techo de la casa de muñecas. Joaquina se vistió de prisa y la muñeca se quedó desnuda. Inmaculada la miró hacerlo. Ella había estado sobre ese cuerpo, que ahora descubría como un cuerpo y quería tanto. No tenía miedo ni vergüenza. En su casa de muñecas Joaquina era su invitada y ella la protegía. Las dos participaban de un nuevo conocimiento y sin tener que decírselo sabían que todo sería mucho más interesante y repetirían lo que habían hecho. Salieron poco después, Joaquina primero e Inmaculada siguiéndola. Rosario les rodeó los hombros a las dos, poniéndolas a los lados de su cuerpo. Eran dos niñas que jugaban en la casa de muñecas que su padre construyera para ella. Inmaculada tenía las piernas más largas y las rodillas más salientes; las dos estaban sucias.

—Ya casi es de noche. En tu casa te deben estar esperando —le dijo Rosario a Joaquina.

Cuando Joaquina después de besar a Rosario y a Inmaculada salió de la casa, Rosario le preguntó a Inmaculada si no tenía que estudiar antes de cenar. Inmaculada escribió dos planas en uno de sus cuadernos con el margen trazado con lápiz rojo a un lado, sentada sobre el piso, con la falda entre las largas piernas, frente a una de las mesas bajas de la sala. La lengua aparecía apenas entre sus labios mientras escribía cuidadosamente y sin embargo también pensaba en Joaquina, sin dejar de inclinarse más de lo necesario sobre su cuaderno. Después cenó con su padre, su madrastra, a la que casi nunca le hablaba, y con sus hermanos mayores. Una mesa ruidosa en la que ella muchas veces guardaba silencio y se quedaba aparte. Ahora tenía un motivo más para estar aparte. Pensaba en Joaquina y se preguntaba qué estaría pensando ella. Todavía estuvo un momento con el resto de su familia; luego, Rosario entró con ella a su cuarto. Antes de dormirse, a oscuras ya, cuando Rosario la había visto desnuda e Inmaculada comparó su cuerpo con el de Joaquina, bajo las mantas, con el grueso camión de mangas largas que le llegaba hasta los pies des-

nudos, tuvo la tentación de sentir en sus dedos lo que ellos habían sentido dentro de Joaquina y saber, sola, lo que Joaquina había sentido. Se subió el camisón bajo las mantas, pero nada más se atrevió a poner la mano sobre su sexo y se durmió así, como si la mano fuese a protegerla durante el sueño.

A la mañana siguiente, desde que Rosario entró a despertarla sintió una imprecisa inquietud ante el encuentro con Joaquina y todavía tenía miedo antes de salir a la calle. En la escuela, vio a Joaquina caminar hacia ella. Todo era diferente y sin embargo podía actuarse como si nada hubiera cambiado. Inmaculada había sido consciente de su lunar todo el tiempo, el que conocía tan bien Rosario y del que le hablaba tan naturalmente, el que nunca vería Joaquina, el que ella sabía que nunca vería Joaquina. Al recordar la casa de muñecas la tarde anterior pensaba en ese lunar; en cambio, al dormirse por la noche su mano no se detuvo en él. Al ir a su encuentro no sabía en qué podía haber estado pensando Joaquina y ella la veía. No hablaron de nada distinto a los demás días, pero no era un día igual a los demás. Sin decírselo, las dos esperaban, sabían siempre dónde estaba la otra, con quién hablaba y estaban juntas aun estando separadas. Al terminar las clases y salir a la calle, Joaquina le tomó la mano sin decir nada y ella tomó la mano de Joaquina. Joaquina podía irse a su casa como algunos días o como otros preguntarle a Inmaculada si iban a seguir jugando.

—¿Vamos a la casa de muñecas, con las muñecas? —dijo Joaquina.

—Vamos, sí, con las muñecas —contestó Inmaculada y Joaquina le apretó un poco más la mano, sólo un poco más, pero el gesto equivalía a lo que las dos habían estado sintiendo todo el día.

Ahora tomadas de la mano, entrando así a la casa de Inmaculada, no tenían de qué hablar ni podían hablarse, tampoco querían que nadie las viese, sólo avanzar, tomadas de la mano, con el uniforme de la escuela. Nadie las vio en la casa y fue como una comprobación que las dos necesitaban. Salieron a la huerta y, bajo los árboles frutales, caminaron hacia la casa de muñecas. Allí se soltaron la mano y, al lado de Joaquina, Inmaculada sintió una inesperada nostalgia, una urgencia de ser otra vez la que no podía volver a ser, una necesidad de ir hacia atrás, de vivir dentro de un desconocimiento que, en verdad, hacía mucho que no tenía, aunque no fuese igual al conocimiento que poseía ahora. Pero, en la huerta aún, junto a Joaquina que era tan culpable como ella, que tal vez, sin embargo, no sentía lo mismo que ella, la nostalgia se convirtió en orgullo. Joaquina y ella estaban unidas de una manera que nadie podía imaginar. Apenas hubieron pasado por la pequeña puerta de la casa de muñecas y ella y Joaquina se encontraron a solas en su estrecho ámbito, la inmediata turbación y la breve pausa que podía hacer que el día anterior se olvidara

cuando estaba más presente que nunca, se convirtió en una forma de placer. Allí estaba la fila de muñecas, todas vestidas. Inmaculada no recordaba en qué momento y quién había vestido a la muñeca que creía haber dejado desnuda sobre el piso cuando las llamó Rosario. Tanto ella como Joaquina miraban a las muñecas y no se miraban entre sí. La unión también podía crear una radical separación. No podía ser que hubieran caminado juntas tomadas de la mano. Ellas que eran culpables y sobre las que Inmaculada no hubiese soportado que alguien, Rosario, Manuel, cualquiera, lo supiese. Joaquina que no sabía del lunar de Inmaculada y se lo había hecho sentir tanto por la mañana. No obstante, sin necesidad de mirarse, enseguida las dos estuvieron de rodillas con los muslos apoyados sobre las pantorrillas, con las manos sobre los muslos y sin mirarse entre sí. Después Inmaculada sintió la mano de Joaquina en su muslo. Puso la suya sobre esa mano, tal vez para inmovilizarla, quizás para que no la retirase.

—¿Vas a desvestir a alguna muñeca? —preguntó Joaquina sin retirar la mano del muslo de Inmaculada, sin que la mano de Inmaculada dejase de estar sobre la de Joaquina.

—No sé. Están bien así —contestó Inmaculada.

Las dos de rodillas frente a las muñecas. Joaquina más robusta, con el pelo y la piel más claros y que parecía mayor que Inmaculada; ella frágil y delgada a pesar de sus huesos grandes y de sus largas piernas, con el mismo uniforme, muy lejos de la tarde anterior. Hubo una larga pausa. La mano de Joaquina seguía inmóvil sobre el muslo de Inmaculada y la de ella mantenía en su muslo la de Joaquina.

—Desviste una —pidió entonces en voz baja Joaquina.

Ellas las cambiaban, no podían evitarlo, las muñecas nunca volverían a ser las muñecas como lo fueran antes, ahora las dos sabían que eran otra cosa además. Inmaculada estiró el brazo y tomó una de las figuras con los ojos claros muy abiertos y redondos, las largas pestañas, las mejillas sonrosadas, los labios entreabiertos y muy rojos, vestida con un trajecito de algodón a cuadros blancos y azules con las mangas abombadas y un cuello redondo, con calcetines y unos zapatos de charol como los de ella y Joaquina. Los ojos de la muñeca se cerraron un momento cuando Inmaculada la puso horizontalmente y volvieron a abrirse al incorporarla. Inmaculada no se había dado cuenta de que su mano ya no estaba sobre la de Joaquina, pero sintió cuando la de ella abandonó su muslo. Joaquina se desvistió mientras Inmaculada desvestía a la muñeca. No terminaron al mismo tiempo. Inmaculada pudo ver a Joaquina mirándola con la muñeca desnuda en la mano. Ella también estaba desnuda, pero no se acostó en el piso.

—Desvístete tú —le pidió a Inmaculada.

—No —contestó Inmaculada.

—¿Por qué? —preguntó Joaquina, desnuda como la muñeca, tan disponible como ella e inferior por eso a Inmaculada, vestida todavía con el uniforme de la escuela.

—Yo no soy la que quiere. Eres tú —contestó Inmaculada.

Joaquina no respondió. Ella estaba desnuda como la muñeca e Inmaculada vestida, pero la necesidad de las dos era la misma y habían entrado juntas a la casa de muñecas. Joaquina le dio un corto beso en la mejilla a Inmaculada e Inmaculada no se opuso. Mirándose las dos, con Inmaculada teniendo en la mano la muñeca desnuda, Joaquina se acostó en el piso, cerró los ojos y empezó para las dos la acción que realizaron el día anterior. Nadie las interrumpió. Después de tener tres de sus largos dedos dentro de Joaquina, Inmaculada los sacó. Ahora, desnuda, Joaquina era superior. Inmaculada se tendió otra vez sobre ella y estuvieron así mucho tiempo. Inmaculada lo esperaba, pero Joaquina no volvió a pedirle que se desvistiera.

Entraron muchas veces más a la casa de muñecas y ahora Inmaculada esperaba pero Joaquina dejaba que Inmaculada la acariciara con alguna de las muñecas, le metiera la mano y hasta la pierna de la muñeca, le metiera sus dedos, pero no le pedía que se desnudara.

—No —volvió a decir Inmaculada cuando al fin lo hizo. Sin embargo, a solas, en su cuarto, se acariciaba el sexo y metía los dedos por él. Una noche los había apartado al sentir un súbito dolor y los había visto manchados de sangre y luego volvió a insistir y se acariciaba el clítoris que, mucho más grande que el de Joaquina, salía entre los labios de su sexo. Ante la negativa de Inmaculada, Joaquina guardó silencio. Turbada, Inmaculada tendió como de costumbre el brazo hacia una de las muñecas. Su trajecito era de organdí y tenía el pelo rubio. Joaquina observó a Inmaculada mientras hacía el gesto de costumbre, pero cuando Inmaculada empezó a desvestirla, en vez de hacerlo ella también, Joaquina estiró su brazo hacia Inmaculada y le bajó el tirante del uniforme. Inmaculada no supo lo que sintió. Tenía una definitiva incapacidad de pensar. Esperaba lo que debería pasar un momento después cuando tanto Joaquina como la muñeca estuviesen desnudas y ahora no era ella sino Joaquina la que había decidido hacer lo que quería e Inmaculada era el objeto de su querer. Quizás sólo esperaba eso. Sin moverse, sin seguir desvestiendo a la muñeca, dejó que Joaquina le bajase el otro tirante del uniforme, empezara a desabrocharle los botones de la blusa muy despacio, deteniéndose para mirarla entre un movimiento y otro, y finalmente se la quitara. No había imaginado así lo que iba a sentir ni siquiera cuando estaba a solas en su cuarto, no esperaba una sumisión tan definitiva, un placer tan intenso ante esa sumisión. Sus ojos oscuros y almendrados, con

los que había visto a Joaquina desnuda igual que a las muñecas y tan diferente a las muñecas, miraban fijamente a Joaquina.

—Sigue —le pidió.

—Tú también querías, estaba segura. ¿Por qué esperaste tanto? —dijo Joaquina.

Inmaculada no contestó. Los finos tirantes del fondo atravesaban sus anchos hombros y los sentía sobre ellos, sentía su cuerpo bajo ese fondo. Podía sentir correrle por el centro de la espalda una tenaz y casi dolorosa corriente de espera y sentía sus muslos apoyados sobre las pontorrillas. La muñeca, acostada, con los ojos cerrados, estaba a su lado. Inmaculada no miraba hacia ningún lado. Sus ojos estaban fijos en un vacío que los hacía participar de lo que sentía en todo el cuerpo. En la infantil, hermosa y abultada boca de Inmaculada los labios estaban entreabiertos como si en su delgada figura se encerrara una imagen cuyo rostro en especial quisiera mostrar su entrega, el abandono que saca de su propia persona a quien cede a él. Entonces Joaquina reconoció que Inmaculada era la que obedecía y su obediencia despertaba un contenido deseo que la convertía en la servidora de esa obediencia. Inmaculada tuvo que ponerse de rodillas por completo para que Joaquina le quitase la falda y luego el fondo. Así, de rodillas, muy derecha, sin mirar hacia ningún lado, sólo tenía puestos los calzones, las calcetas y los zapatos. Se veía muy delgada, sus calzones blancos hacían ver más oscura su delicada piel y su pelo negro hacía ver más clara esa piel. Joaquina miró la cara de Inmaculada que no la veía a ella, que sólo estaba de rodillas, esperando. Inmaculada cerró un instante los ojos y volvió a abrirlos, pero no parecía, no podía recordar a una muñeca. Aunque eso resultara imperceptible, las aletillas de su recta y estrecha nariz deberían estar vibrando. Tenía aún los labios entreabiertos. Más allá de su largo apenas curvado y delgado cuello podían verse las firmes clavículas. Inexplicablemente, durante un momento unió las manos extendidas sobre su pecho colocándolas una sobre otra; luego volvió a dejarlas caer. Joaquina pudo ver el lunar al final de los calzones. No era muy grande, pero sí perfectamente redondo. Todo había pasado en un instante. Joaquina no hubiese podido repetir lo que había visto. Como si no hubiera pasado ningún tiempo desde su gesto anterior, le bajó los calzones a Inmaculada. Aparecieron sus estrechas nalgas y Joaquina pudo ver el clítoris que se distinguía entre los labios del sexo. No tenía vellos; era un cuerpo más esbelto que el de Joaquina: un cuerpo de niña, el cuerpo que Rosario conocía y que Manuel sentía tan liviano al ayudarla a subir al caballo o cargarla en la huerta. Inmaculada dejó caer otra vez sus muslos sobre las pantorrillas y miró a Joaquina. Todavía tenía puestos los zapatos de charol y las calcetas. Para quitárselos, Joaquina tenía que cambiarla de posición. Podía tomar a Inmacu-

lada por los hombros, tocar esos hombros desnudos. Lo hizo, pero apenas la levantó, mientras la descalzaba y empezaba a quitarle las calcetas, Inmaculada se ocupó de desvestirla a ella. Después las dos ya estaban desnudas y en el piso. Enseguida Inmaculada estuvo sobre Joaquina. En ese momento, solas en una casa de muñecas olvidando sus muñecas, no tenían edad. Los dedos de Inmaculada ya habían estado en el sexo de Joaquina. Sus cuerpos nunca habían estado desnudos uno confundido con el otro; Joaquina podía pasar las manos por toda la figura infantil que la acariciaba a ella; Inmaculada le guió la cara hacia su muslo y la hizo besarla en el lunar que Joaquina ya había visto. Fue un beso muy largo y en tanto Joaquina, incapaz de dejar ese lunar, sintiendo la cercanía del sexo de Inmaculada que tomaba su cabeza entre las manos, levantó las suyas para tomar entre sus dedos el cada vez más saliente clítoris de Inmaculada. Luego, sin moverse ya, Inmaculada volvió a estar sobre Joaquina y ella le rodeó la cintura con los brazos y una de sus manos acarició las estrechas nalgas de Inmaculada.

De todas maneras, con el uniforme o sin él, en las ocasiones en las que se encontraban las dos familias a la salida de la iglesia, en alguno de los dos restaurantes o en la nevería bajo los portales de la plaza, Inmaculada era parte de su familia y Joaquina de la suya. Lo mismo pasaba jugando con las demás niñas en el patio de la escuela, escuchando a la monja en el salón de clases. Pero para ellas eran una pareja cuando caminaban por la calle tomadas de la mano, cuando se reían juntas de lo que no habían confesado antes de ir a comulgar como todas las demás. Las dos sabían o más bien reconocían que sabían aunque no supieran qué era lo que sabían. El saber consistía en lo que sentían al entrar juntas a la casa de muñecas y en no hablar de ello pero reconocerlo cuando estaban solas. E Inmaculada no hablaba con Joaquina de lo que cada una pensaba, pero ella no lo olvidaba, sino que se sentía investida por ese conocimiento cuando hacía sus tareas sentada frente a la mesa de la sala con las piernas cruzadas o poniendo los cuadernos y los libros en el suelo e inclinándose hacia ellos mientras estaba de rodillas, con el cuerpo extendido hacia adelante y la cara apoyada en los brazos cruzados bajo ella; cuando, algunas veces, Manuel le pegaba una nalgada entrando calladamente a la sala e Inmaculada intentaba abofetearlo o rasguñarlo sin ningún éxito ante la risa de su hermano; cuando estaba junto con los demás y con su padre y su madrastra en la casa o fuera de ella; cuando Rosario la veía desnuda y sin ningún motivo, aunque Inmaculada estuviera segura de que sin que Rosario lo supiera había un motivo, ya nunca le ponía el dedo sobre el lunar. Sin embargo, todo eso se quedaba flotando en un sitio impreciso, igual que lo que oyera al olvidar el fute y que la llevase a visitar a su abuela.

Pero también había invitado a Joaquina a la hacienda. Su madrastra nunca iba a la hacienda y a Inmaculada, siguiéndolos muchas veces, le gustaba ver a su padre dando órdenes y a Manuel vigilando que se cumplieran.

Cuando invitó a Joaquina oscureció en el camino, haciendo que dejaran de advertir los cambios en los campos atravesados por la ondulante carretera y en la oscuridad, a pesar de la cercanía de los demás, Joaquina acarició un instante los muslos de Inmaculada. Fue una emoción dejarse; ella y Joaquina eran diferentes y los demás no lo sabían, podía haberla besado ahí mismo, podía haberla desnudado y desnudarse ella y aumentaba la emoción que fuese imposible y sólo sintiera la mano de Joaquina acariciando su muslo sin hacer nada más. Luego durmieron en el mismo cuarto. Rosario entró a acompañarlas mientras se acostaban. Al salir ella, Inmaculada y Joaquina se quedaron despiertas sin hablarse. Allí no había muñecas y podía sentirse una extraña vergüenza. A diferencia de en el automóvil, Joaquina tenía otra realidad. Inmaculada deseaba pasarse a su cama o que Joaquina fuese a la suya y no dudaba que ella estaría pensando lo mismo, pero hacer ese movimiento, estar juntas como lo estaban en la casa de muñecas fuera de la casa de muñecas, resultaba imposible. Escuchó a Joaquina moverse en la cama. Esa tensión se sentía de una manera desconocida y al mismo tiempo distinta. En la semioscuridad, sin decir nada, Inmaculada tendió el brazo hacia la cama de Joaquina y Joaquina le tomó la mano. Se quedaron sin hacer nada más que estar tomadas de la mano, sin tratar de mirarse siquiera durante lo que pareció un tiempo interminable y luego bastó con que Joaquina tirara muy ligeramente de Inmaculada para que ella saliese de su cama y entrase a la de Joaquina. Allí de nuevo se quedaron quietas y luego, de pronto, sus cuerpos estaban juntos y enseguida se quitaron los camisones. Inmaculada acariciaba a Joaquina y Joaquina la acariciaba a ella mientras sus piernas se entrelazaban, pero, sin saber por qué lo hacía, en medio de las caricias, Inmaculada regresó a su cama y, como si no hubiera pasado nada, se durmió.

Rosario entró a despertarlas. Fue ella la que decidió que Joaquina debería usar el baño primero e Inmaculada esperó en la cama. No pensaba en nada. Lo que hacía con Joaquina no debía tener ninguna importancia, si pudiera romper el secreto sabría que todas las niñas eran iguales. Vio llegar a Joaquina vestida, se bañó y vistió ella, desayunaron juntas cuando los demás lo habían hecho ya y, al proponerle Manuel a Inmaculada que salieran a dar una vuelta a caballo, resultó que Joaquina no tenía traje de montar, los de Inmaculada no le venían y además ella les tenía miedo a los caballos. Inmaculada la dejó sola en la casa principal de la hacienda, en compañía de Rosario y otra de sus hermanas mientras daba una vuelta con Manuel sin poder resistir la tentación de hacerlo aunque se avergonzó de haber dejado sola

a su amiga y se alegró al regresar y encontrarla en el casco de la hacienda que Rosario le enseñaba.

Después de comer, los mayores se fueron a dormir. Inmaculada llevó a Joaquina a enseñarle uno de los graneros. Podían distinguirse los rayos de luz poblados de puntitos blancos, posándose sobre los cerros del maíz separado de las mazorcas. El olor era penetrante pero seco y a pesar de que casi no había luz podía advertirse claramente el color amarillo del maíz. Joaquina respiró profundamente y sin decir nada corrió hacia uno de los cerros. Recogió un olote del piso y se acostó sobre el maíz. Se movió de un lado a otro sin soltar el olote y se quedó boca arriba mirando a Inmaculada que había seguido sus movimientos, vestida con un traje azul claro sin mangas. Joaquina traía una falda y blusa. No era la casa de muñecas, pero fue quitándose cada una de las prendas y finalmente estuvo desnuda. Para Inmaculada las acciones de Joaquina resultaban inesperadas. La veía desnuda sobre el maíz y no podía dejar de reconocerla, de recordar la noche anterior y descubrir que, igual que en el cuarto, aunque no fuese la casa de muñecas, estaban solas y podían actuar como siempre cuando estaban solas. No dijo nada sino que, vestida, se acostó sobre el maíz al lado de Joaquina. Joaquina tomó el olote que tenía a su lado y se lo tendió a inmaculada.

—Podrías meterme eso entre las piernas. Hazlo. Quiero saber qué se siente —le dijo Joaquina.

Inmaculada miró el olote en su mano.

—Es muy grande. Te va a doler. Me da miedo —contestó.

—No importa. Yo quiero sentirlo. Hazlo. Obedéceme, acuérdate, no sé montar a caballo, pero te he enseñado todo —dijo Joaquina abriendo las piernas y cerrando los ojos.

Con los ojos cerrados, era como si estuviera allí sin estarlo, su pedido resultaba una orden para Inmaculada, era una súplica y era la prueba de su superioridad. Automáticamente, mirando el sexo sin vello de Joaquina, Inmaculada obedeció a ese pedido, a esa súplica, a esa prueba de superioridad, acercando poco a poco el olote a las piernas, pasándolo por uno de los muslos y llegando a la entrada del sexo.

—Mételo, mételo, por favor —suplicó Joaquina.

Inmaculada empezó a obedecerla, la punta del olote entró por el sexo, luego más y más. Joaquina se quejaba, pero mantuvo las piernas abiertas y puso una de sus manos sobre la de Inmaculada haciéndola meter cada vez más el olote. Luego quitó la mano y se tapó con el brazo los ojos. Inmaculada ya no necesitaba que Joaquina la guiase, movía el olote dentro del interior de Joaquina como lo había hecho con la mano de la muñeca, como lo había hecho con la suya, solamente obedecía.

—¿Y tú? —le dijo Joaquina cuando Inmaculada sacó el olote.

—Yo no. Me da miedo. Déjame así —dijo Inmaculada.

—¡Tonta! —contestó Joaquina mirando sólo un instante a Inmaculada y empezó a vestirse.

Salió sola del granero y nadie se dio cuenta de que nunca se dirigió directamente a Inmaculada durante el resto del día. Luego, estuvieron solas en su cuarto. Inmaculada vio a Joaquina desvestirse y ponerse el camisón. Joaquina no la miró a ella. Se metieron a sus camas. Cuando Inmaculada estiró el brazo hacia Joaquina en el vacío que estaba entre las dos, ella no le tomó la mano. Al cabo de un momento, Inmaculada retiró su brazo y venció la tentación de ver si Joaquina estaba dormida aunque ella quería pasarse a la otra cama sin decir nada y se quedó mucho tiempo despierta pensando en el olote, en el granero, en Joaquina, en que era verdad que, a pesar de todo, al imaginarse con el olote adentro sentía miedo.

Por la mañana, ninguna de las dos habló de eso y, entre los demás, fue como si nada hubiese pasado. Después de comer, Inmaculada salió a montar a caballo. Era fácil, al regresar, decir que iba a cambiarse a su cuarto. Joaquina estaba ahí, en su cama, con los ojos cerrados. Inmaculada se sintió furiosa; hubiese querido mover a Joaquina hasta que abriese los ojos, desnudarse y meterse a la cama. No hizo nada. Se cambió y salió del cuarto dejando allí a Joaquina. Podía ir al granero. Los montones amarillos y olorosos del maíz sin Joaquina, los olotes sin Joaquina. Nadie notó, sin embargo, que Inmaculada y Joaquina no se hablaban. Se desvestían y vestían juntas en el cuarto. Inmaculada no volvió a tender el brazo hacia la cama de Joaquina. En el camino de regreso a la ciudad, Inmaculada esperaba que se hiciera de noche, pero no pasó nada y nunca regresaron a la casa de muñecas.

Entraron otra vez a la escuela. Con el mismo uniforme y ellas que habían sido tan amigas e Inmaculada, que pensaba muchas veces en Joaquina, sabía que no podía hablarle igual que antes y no estaba segura de qué pensaba Joaquina. Ya no la esperaba a la salida de clases y no volvieron a caminar tomadas de la mano. Joaquina no miraba nunca a los ojos de Inmaculada y al cabo del tiempo ella dejó de buscar los de su amiga. Hubiese sido fácil llevar a alguna de sus nuevas amigas a la casa de muñecas y sin embargo era imposible y nunca lo intentó, bastaba con pensar que cualquiera de ellas podía creer que iban a jugar a las muñecas.

En tanto, igual que Manuel, su hermana Rosario tenía novio, se ocupaba cada vez menos de Inmaculada y, antes que Manuel, se casó y dejó la casa. Vestida de blanco, con lo que para ella también era un disfraz, Inmaculada estuvo al frente del cortejo, pero aparte de eso no sabía cuáles eran sus sentimientos, no reconocía a Rosario disfrazada de novia, no reconocía a su novio, no le importaba nadie igual

que dejó de importarle Manuel una vez que ya no la llevaba a pasear a caballo. Le regaló la casa de muñecas a una de sus medias hermanas y se ocupaba de sí misma. Una niña solitaria a pesar de que hablaba con muchas de sus compañeras en el colegio y a veces se sorprendía mirando disimuladamente a Joaquina. Estudiaba en la sala de su casa, acostada boca abajo sobre el piso, balanceando la parte inferior de sus largas piernas. También hacía sus tareas o dibujaba para sí misma e iluminaba grabados antiguos de los viejos libros de la biblioteca, en una personal postura, de rodillas y con el tronco hacia adelante, los codos apoyados en el piso y los antebrazos dirigidos hacia el cuaderno donde escribía o dibujaba o hacia el libro cuyos grabados iluminaba. Dibujar e iluminar eran sus verdaderas tareas y nunca logró sacar buenas calificaciones.

—PERO CON ELLA no hice nada.

—Es mentira.

—Bueno, casi nada o, al menos, fue diferente.

—Dímelo, cuéntame las diferencias.

—Primero me comentó que Joaquina le había dicho de nosotras.

—¿Y qué contestaste?

—Lo negué. ¿Por qué consigues que lo recuerde con tanta claridad? Estábamos sentadas en una banca en el jardín del internado. Yo acababa de ver pasar por el corredor a la monja que se sentaba en mi cama y Victoria me hablaba de Joaquina. Lo negué tal vez porque vi a la monja.

—¿Y entonces?

—Ella dijo que no era cierto, me habló de la casa de muñecas y empezó a pedirme que hiciera lo mismo con ella.

—Sigue. ¿Qué pasó luego? No necesito que te des ninguna prisa. Quiero oírte y sé que lo recordarás todo. Es mejor ir despacio, poder imaginarte.

—¿Pero para qué quieres saberlo?

—Te reconozco y quiero que te reconozcas tú. Por eso eres así ahora. Dímelo todo.

—Es muy poco. Puedo verlo. Lo hicimos muchas veces pero siempre era igual. Victoria no era como Joaquina. Ella no quería que le hiciera cosas sino hacérmelas a mí. Además, le gustaba hablar de eso antes de que pasara y cuando ya había pasado. Se parecía a ti.

—Pero cuéntame lo que pasó y qué sentías. ¿Qué hizo la monja?

—¿La monja? ¡Nada! Ella nunca lo supo. Victoria era una amiga más. La Madre Esperanza siguió queriéndome y acercándose a hablarme en el estudio y sentándose en mi cama.

—¿Y con Victoria?

—Me contó muchos detalles antes de que yo aceptara que eran ciertos. No creas que en el internado se podía estar a solas. Hablábamos en el jardín en diferentes bancas, cada vez más apartadas. Victoria me tocaba apenas podía en los brazos, en las piernas. Eso era mientras yo volvía a contarle lo que ya sabía sobre la casa de muñecas. También sobre la hacienda. Victoria me decía: “Yo estaba segura que eras así. Supe que era verdad lo que Joaquina me había contado apenas te vi”. Entonces, sin que pudiéramos tocarnos, sentadas una al lado de la otra, le contaba todo lo que se me ocurría. Creo que hasta inventé. Como lo hago ahora, tal vez.

—No es cierto, ¿verdad? Yo sé que para mí no inventas. Háblame nada más de lo que te acuerdes con toda seguridad.

—Me acuerdo de cómo se sentía notar que le gustaba tanto a Victoria. Cuando Joaquina dejó de estar cerca, yo trataba de no pensar en ella y en cambio Joaquina le había contado todo. Se acordaba. Sólo debió fingir que estaba enojada. Y yo no sabía ni siquiera por qué había sentido la necesidad de fingir.

—¿Con Victoria había hecho algo?

—Según Victoria me lo contaba, todo. Habían estado desnudas, con las piernas entrelazadas, una sobre la otra. Se besaban mucho. También Joaquina y yo pero era diferente. A Victoria la besaba y la lamía en todo el cuerpo. Victoria me hablaba siempre de Joaquina besándola.

—¿Cómo era Victoria?

—Tenía el pelo rubio, muy oscuro y suave. Se peinaba enrollándolo en una trenza muy gruesa, que le llegaba hasta la cintura. A veces, también dividía la trenza en dos y se la subía por encima de la cabeza. Tenía el cuello muy delgado. Tan delgado como yo. Cuando se subía las trenzas sobre la cabeza se le notaba más. Era casi de mi alto y delgada. Con los ojos azules y la nariz respingada y las aletillas muy dibujadas. Creo que quise mucho a Victoria o a la Madre Esperanza al mismo tiempo que a Victoria o las dos, confundiéndolas. No sé. La Madre Esperanza me veía dibujar y yo le enseñé mis dibujos a Victoria. Ella no dibujaba nunca. ¿Sabes por qué? Gracias a lo que ella me confesó, descubrí una cosa de la que no me había dado cuenta.

—Puedo imaginarme a Victoria. Tú y ella sentadas en una banca del jardín. Las dos con las piernas largas, ella con su trenza rubia y tú con tu pelo negro. La describes muy bien y me haces verte a ti. ¿Qué fue lo que te contó? ¿Por qué no dibujaba ella?

—Por eso. Tiene que ver con lo que me contó. Era muy chica. Su cuñado, el marido de una de sus hermanas, la quería mucho. Siempre la besaba en las mejillas y en el pelo y le acariciaba los brazos. Creo, sí, eso me dijo, que era arquitecto. Un

día la llevó al despacho del padre de ella, se sentó en la silla detrás del escritorio, un escritorio muy grande según Victoria y una silla de esas con el respaldo redondo y ruedas, la puso a horcajadas sobre una de sus piernas y la hizo dibujar, porque decía que le gustaban mucho los dibujos de niños. Mientras Victoria dibujaba, su cuñado la apretaba contra su pierna y sus manos acariciaban las piernas de ella y llegaban hasta el principio de los calzones con las manos abiertas y los pulgares extendidos. Victoria decía que su cuñado respiraba contra su cuello besándola casi. Y ella sentía muy bien y dibujaba. Pero luego de pronto su cuñado la levantó de sus piernas y se fue al salón donde estaban su hermana y la mamá de ella. Victoria unía los dibujos a lo que ella había sentido mientras los hacía y fue a buscar a su cuñado tomándolo de la mano para que la llevara a dibujar más. Pero el cuñado sonrió con su hermana y la mamá de ella y cuando fueron de nuevo al escritorio no la agarró igual que antes y no respiraba contra su cuello. ¿Te imaginas lo que le había pasado?

—Me lo imagino, claro que puedo imaginármelo.

—Ni Victoria ni yo podíamos imaginárnoslo cuando ella me lo contó. Su cuñado la llevó todavía dos veces más a dibujar al escritorio, agarrándola igual que antes, pero Victoria ya no insistía cuando él la separaba y luego el cuñado dejó de llevarla al escritorio. Yo creo que le dio miedo que lo descubrieran. Victoria se acordaba muy bien de lo que ella había sentido, no lo perdonó por no hacerla dibujar más y los que la pagaron fueron los dibujos. Les agarró manía. Pero lo que me contó sobre lo que sentía me hizo pensar o más bien descubrir otra cosa. Yo sentía lo mismo cuando montaba a caballo con mi hermano. Era como una debilidad y un abandono. El caballo me guiaba. Claro, entonces ya sabía por qué sentía eso. Joaquina me lo había enseñado y yo, siempre tan tonta, no había unido las dos cosas hasta que Victoria me contó en el jardín lo de su cuñado.

—Ven, siéntate en mis piernas como Victoria con su cuñado y háblame más de ella. ¿Qué hicieron las dos juntas? Apóyate, apóyate en mi pecho para hablar. Tu pelo y esta cintura... Mira, casi puedo unir las manos sobre ella. Cuéntame...

—Era muy difícil estar a solas. Nuestras camas ni siquiera estaban en el mismo dormitorio. Yo pensaba en ella, en lo que me había contado y en lo que yo había admitido, por las noches, sola en mi cama, uniéndola siempre con la Madre Esperanza que acababa de estar allí un rato. Pero a Victoria sólo la veía en los baños hasta la mañana siguiente, cuando yo había soñado y era a veces ella y a veces la Madre Esperanza. Pero eso nunca se lo dije y al verla en los baños era sólo ella. No podíamos estar desnudas ni allí. Teníamos que meternos bajo la regadera con unos batones y lavarnos bajo ellos.

—Las monjas tenían razón...

—Sí, deberían tenerla. Pero entonces era un tormento, y si me sigues apretando contra tu pierna y subiendo las manos ya no voy a poder contar nada...

—No. Allí está. Dime más...

—Así era todo en el internado. Y mientras, Victoria y yo vivíamos en un mundo aparte. Se sentaba junto a mí en la capilla y nuestras piernas estaban juntas. Por fin, encontramos un lugar. No lo descubrí yo, mejor dicho, no se me ocurrió a mí sino a Victoria. Cuando ella lo propuso, en el fondo las dos estábamos asustadas. Estar solas iba a ser poder hacer todo lo que habíamos hablado. Los ojos de Victoria y su nariz y su pelo... Creo que fue la primera cosa que hice sabiendo que iba a hacerlo o no, tampoco. Lo que sentía era sólo el susto porque era como un compromiso entre las dos. En esa época, en secundaria ya, no pensaba nada concreto en verdad. Era como si existieran dos espacios y en uno de ellos yo era otra. Joaquina lo supo primero y por eso la obedecía. Pero con Victoria resultó diferente. Las dos sabíamos que era algo malo pero no pensábamos en eso, no lo reconocimos ni a solas ni entre nosotras. Sólo sabía que, hasta por el susto, yo también quería. El lugar que a ella se le ocurrió fue el cuarto en el fondo del jardín donde el jardinero guardaba sus herramientas.

—Otra casa de muñecas...

—Sí. Pero aunque también era chico, no tan chico y diferente en todo. Lleno de herramientas del jardinero: la podadora, las tijeras, palas, picos, sacos con abono. Estaba cerrado con candado. El jardinero tenía la llave, entraba, salía y volvía a cerrar. Era un viejito, flaco, muy alto, con botas llenas de tierra y un cinturón muy grueso. Don José... Me da gusto acordarme de él. Victoria descubrió que el cuarto tenía uno de los vidrios de la ventana roto y se podía entrar abriendo esa ventana.

—Me gusta pensarlo. Me gusta mucho. Tú y Victoria entrando a ese cuarto.

—Oía tan diferente a la casa de muñecas de la que tú hablaste y era tan diferente y Victoria era también tan diferente a Joaquina. Me enseñó la ventana. Tenía los vidrios llenos de polvo. ¿Puedes creerlo? Soy yo. Estoy aquí sentada sobre tu pierna y me acuerdo perfectamente hasta de eso. Tú tienes la culpa o te lo debo a ti.

—Yo tengo la culpa y me lo debes a mí.

—Pero no me beses así. Quitá la boca de mi cuello si quieres que hable más. Y agárrame apenas...

—Está bien.

—Así.

—Pero sigue.

—Yo abrí la ventana y entré primero. Luego ayudé a Victoria a pasar.

—Las dos niñas malas, con su uniforme del colegio, con el pelo negro y la trenza rubia, con las piernas largas, contigo ayudando a Victoria. Gracias. Puedo imaginármelo todo. Déjame besarte en la boca.

—Pero sólo un momento.

...

—Seguimos otro día...

—No, ahora.

—¡Qué malo eres!

—La mala eres tú. Acuérdate de Victoria. Y la pobre monja...

—¡La monja! La Madre Esperanza... Nunca pensé en ella. ¿Tú crees que ella pensaba en mí igual que Victoria, que se imaginaba haciendo algo conmigo?

—No sé qué imaginaba, pero pensaba en ti.

—En la que yo estoy pensando ahora es en Victoria. Ya que estábamos adentro, en ese cuarto, después de hablar tanto, de tocarnos todo lo que se podía, ninguna de las dos sabíamos qué hacer. No éramos dos niñas malas. No sabíamos qué hacer. Yo tomé el mango de la máquina con que el jardinero cortaba el pasto, la podadora, y empecé a subirlo y a bajarlo automáticamente, como si hubiera olvidado para qué habíamos ido allí. Victoria tuvo que decidirse. Hizo que quitara la mano del mango de la podadora, me tomó de los hombros y me besó en la boca. Las dos nos acariciamos mientras nos besábamos. Yo empecé a desvestirme y ella me imitó apenas pudimos separarnos. Había crecido mucho. No era como con Joaquina y Victoria tampoco era una niña. Las dos teníamos un poco de vello y a las dos se nos notaban ya los pechos. Nos abrazamos otra vez de pie. Parecía imposible estar desnudas y abrazadas al fin. A mí me gustó mucho y creo que a ella también. Pero, además, yo sabía que todo eso tenía que ser muy malo y así, sabiéndolo, me gustaba más todavía. Besé a Victoria en los pechos que empezaban a salirnos y en los pezones que tenía muy parados y ella también a mí. Después nos acostamos en el piso. Ella se vino. A mí nunca me había pasado eso. Victoria logró que me viniera metiéndome los dedos y yo se los metí también a ella. No sé cuántas veces nos vinimos. Sé que fue maravilloso descubrirlo. Empezamos a ir a ese cuarto que olía también a pasto cortado, aunque no estoy segura, quizás sea mentira, lo esté inventando ahora; pero íbamos a ese cuarto cada que podíamos hasta que pasó una cosa.

—¿Las descubrieron?

—¡No! ¡Eso no! ¡Qué horror! ¡Nos hubieran expulsado, lo hubiera sabido todo el mundo, hubieran llamado a nuestros papás! ¡Eso no! Sin embargo, fue algo parecido. Don José, el jardinero, estuvo a punto de entrar al cuarto cuando estábamos allí. Quiero decir, a pesar de todo, lo oímos cuando abría el candado. ¡Era tan viejo!

Por fortuna, tardaba mucho en todo. Victoria y yo salimos por la ventana con nuestra ropa en la mano y pudimos vestarnos sin que nadie nos viera. Yo me reía, no podía dejar de reírme, a pesar de la prisa y de que deberíamos tener miedo. Entonces se nos ocurrió otra cosa, porque teníamos muchas ganas y ya no nos atrevíamos a ir por la tarde al cuarto de las herramientas. Nos citamos allí por la noche. Yo me levantaba de mi cama y Victoria de la suya. Nos encontrábamos en el corredor y luego, muy rápido, nos íbamos hacia la ventana. La luz del jardín en la oscuridad. Victoria y yo en camisón. Creo que era muy bonito.

—Es muy bonito.

—Durante el resto del año nos encontramos así varias veces a la semana. También había una luz que cambiaba según la luna en el cuarto del jardinero. Puedo ver esa luz entrando por la ventana sucia e iluminando el cuerpo de Victoria. Yo besaba, yo lamía ese cuerpo y ella el mío. Nos juntábamos mucho una a la otra con las piernas entrelazadas, con los brazos moviéndose en nuestras espaldas, en nuestras nalgas, con mis manos entre el pelo de Victoria y ella besando el mío. Entre los quejidos y murmullos nos gustaba mucho decir “Inmaculada” y decir “Victoria” y “Amor mío”, sí, eso, “Amor mío” y muchas otras cosas relacionadas con lo mismo. Tendrías que habernos visto y oído decirlas. Yo puedo ver el cuerpo de Victoria en la luz del cuarto ahora y puedo oírnos: “Bésame”, “Tus nalgas”, “En el pecho”, “Victoria, tu pelo” y también “Inmaculada, tu boca”, todo eso. Pero terminó. Las clases se acabaron y Victoria regresó a su casa, no volvió al año siguiente y dejé de verla. ¿Te imaginas, el internado con el jardín y el cuarto del jardinero y el dormitorio y las clases y hasta la capilla? Victoria me escribió dos veces y fue peor. No le contesté. En las cartas ella recordaba todo, volvía a repetir todo lo que había pasado, como te lo estoy contando. Yo también lo recordaba y me dio coraje que lo escribiera y que no estuviera allí y por eso no le contesté. En cambio, Joaquina, que era la que le había hablado de mí, apareció de nuevo cuando regresé a mi casa. La casa de muñecas ya no existía. Mi tía no quería que sus hijas jugaran allí y la había hecho desbaratar. Joaquina era novia de Pedro, el segundo de mis hermanos. Pero apenas me vio empezó a pedirme que fuera a su casa alguna mañana o por la tarde. Pensé en Victoria y quise contarle todo, por eso fui. Pero en su cuarto, cuando le estaba diciendo, lo único que pasó fue que las dos terminamos desnudas. Después de eso, sabiendo que era novia de mi hermano, se sentía raro y me daba vergüenza con mi hermano y miedo también, como en la escuela con Victoria. Todo eso lo hacía mejor. Hasta fuimos juntas a la hacienda, con mi hermano, claro. Mi hermano no se casó con Joaquina, pero cuando era su novia, ella y yo dormíamos en el mismo cuarto. Fuimos al granero cuando los demás creían que estábamos durmiendo la siesta y volví a meterle el olote. Mi her-

mano ya se había acostado con ella, pero yo podía mover más el olote y no dejé que ella me lo metiera a mí. Yo no me había acostado con nadie y me daba miedo y no quería. Pedro había enseñado a Joaquina a montar a caballo y recorriamos la hacienda. ¡Era bonita la hacienda, qué bonita era la hacienda! Una noche recordé a Victoria y sus cartas y le pregunté a Joaquina, que estaba en mi cama, si no le daba vergüenza con mi hermano. Pero lo olvidé enseguida. La verdad, a ninguna de las dos nos daba vergüenza nada y era la única que siempre era yo misma. Yo misma... ¡Cuántas cosas hice de niña, cuántas cosas me pasaron! Pero luego me daba vergüenza, durante mucho tiempo no las recordé, no sé cómo pero conseguí olvidarlas por completo. Era otra época. Sólo las he resucitado por ti, para ti, por tu culpa.

—Pero no te arrepientes, ¿no es cierto?

—De nada. No me arrepiento. Y me gusta haberlas recordado, haberlas recordado ahora. Ah, y cuando me fui después de pasar otro año sola en el internado, tratando de escoger quién podía ser como Victoria sin decidirme nunca a nada, por puro miedo a equivocarme, la Madre Esperanza me besó en la mejilla dos veces, una en cada lado y pensé que ella que se sentaba en mi cama, que se quedaba junto a mí en el salón de estudio sin regañarme aunque estuviera dibujando en vez de estudiar, podía haber sido la que... Pero nunca pasó nada y también eso lo olvidé. Está bien terminar así. La Madre Esperanza con su hábito que sólo dejaba ver su cara y sus manos. Tenía hoyuelos en las mejillas cuando se reía conmigo. También te regalo ese recuerdo. En cambio, el olvido no sé explicarlo bien. No sé cómo se consigue. Tal vez se debe a que uno no quiere ser diferente. ¿Quién era la que miraba a sus compañeras pensando cuál podría ser como Victoria? Yo no le había contestado sus cartas a Victoria, nunca encontré ninguna sustituta para ella, nunca me decidí a que alguna pudiera querer serlo, no pensé ni siquiera en lo que te dije ahora sobre la Madre Esperanza, cuando salí del internado mi hermano ya no era novio de Joaquina sino que Joaquina tenía otro novio y también me evitaba. Quizá ésa es la explicación. No quería ser diferente, quería pensar que todo había pasado porque era niña y la mejor manera era obligarse a no recordar y terminar por no recordar a base de tener miedo de lo que uno era, de lo que uno fue...

—No se puede olvidar así.

—Se puede, si uno se lo propone, de la misma manera que, si uno se lo propone, como ahora, se recuerda todo. Al volver a mi casa estaba muchas veces con mi abuela en lugar de en la casa. La que estaba con ella tenía que ser la que ella suponía, la que estaba segura que yo era, la que sólo tenía rencor en su casa y una... soledad. Rosario ya se había casado, Manuel se había casado. Iba a veces a la hacienda, pero muy poco. Aunque Manuel vivía allí, siempre estaba ocupado. La casa era

tan grande que se podía ir de un lado a otro sin que nadie te viera. En la ciudad no tenía amigas, aunque conociera a todo el mundo. Es todo. Yo a los catorce años.

Inmaculada a los catorce años. Carmen, la segunda de sus hermanas, se casó también. Ninguna mujer en su casa había estudiado algo. Aprendían a bordar y a coser y a cocinar y a llevar una casa como su tía les enseñaba. Pero Inmaculada nunca lo permitió y en el comedor se hacía evidente la contradicción entre la dulzura de su belleza y la ira que mostraban, aun a pesar suyo, sus gestos ante cualquier comentario. Soñaba mucho, lloraba en sus sueños y despertaba llorando, pero lo que lograba recordar de esos sueños era la sensación de que la perseguían y que ella corría por calles a veces muy precisas, por lugares bellos y feos, sin llegar nunca a ninguna meta. Pero si Inmaculada era muy bella y se sentía muy sola y fuera del miedo pasado mientras dormía había un goce especial en la tristeza de sentirse muy sola, durante esas últimas vacaciones uno de los amigos de Manuel, que era incluso mayor que su hermano, advirtió su belleza. Tanto Rosario como Carmen se habían casado muy jóvenes.

—No tenía nada de raro casarse a los quince años. A los quince años se casó mi mamá.

—¿Y tú querías casarte?

—Yo ni siquiera sabía qué era eso, lo que quería era irme de mi casa. Así lo habían hecho mis hermanas. Pero por lo visto yo, en efecto, era distinta. El amigo de Manuel no me pidió que fuera su novia, le preguntó a mi papá si podía empezar a visitarme. Pero si estaba segura de que no necesitaba pensar en nada, sin que mi tía estuviera presente, también estaba segura de que no quería que nadie me visitara. Iba a reprocharle a Manuel que tuviera amigos y no lo hice por orgullo también, porque a Teresa, que era mayor que yo, nadie había pedido visitarla y después en mi cuarto pensé con mucho más cuidado, quiero decir, pensé realmente. Ésa era la manera de irme de la casa, aunque entre mis pensamientos no estaba lo que la manera de irse exigía. Simplemente unos días después le dije a mi papá que estaba de acuerdo en que me visitaran.

Desde la ventana de su cuarto Inmaculada vio llegar el automóvil de Eugenio Flores, el amigo de Manuel. Fuera del nombre, de que era de una familia conocida, de que tenía fama de ser muy serio, nadie le había dicho nada sobre él. Inmaculada lo reconoció enseguida. Lo había visto algunas veces mirándola. Reconoció también que estaba nerviosa esperándolo y que los nervios habían desaparecido al hacerse concreta su presencia. Eugenio Flores era muy alto y delgado. Inmaculada lo observó mientras cerraba su automóvil y avanzaba hacia la casa y llamaba. No era desagradable, al contrario, podía decirse que era guapo. Tenía el pelo negro, usaba bigote,

vestía de gris, con una corbata a rayas rojas y azules, con mocasines oscuros. Cuando su madrastra abrió la puerta del cuarto sin avisarle para decirle lo que ella había espiado por su ventana, le contestó que estaba lista y sólo se miró un instante al espejo antes de seguirla.

Se había vestido con una falda tableada a cuadros verdes y negros, con una de sus blancas blusas camiseras de mangas largas de la que sólo se veía el cuello y los puños bajo uno de sus suéteres de cuello redondo; se había puesto zapatos de tacón y pantimedias, con los ojos ligeramente pintados y un toque que no podía advertirse de lápiz labial neutro que hacía más brillantes sus labios abultados, con el cuidado pelo negro cayendo a ambos lados de su cara hasta casi tocar sus hombros y la recta raya en medio. Hasta su madrastra advirtió que estaba muy guapa y se veía mayor. Inmaculada no se sentía mayor, sino muy chica, demasiado chica, hubiera querido que Manuel estuviera en la sala junto con Eugenio Flores, hubiera querido que su padre y no su madrastra la acompañara, hubiera querido, una vez más, que el pasillo no terminara nunca y por eso terminó mucho antes y sin haber hablado nada con su madrastra, que iba a llamar tía delante de Eugenio Flores, de pronto, ya estaba frente a él y le estrechaba la mano. Era una mano muy seca y con los dedos largos. A Inmaculada le gustó; cuando se sentaron, le gustó también que Eugenio Flores tuviera los hombros anchos y sus calcetines gris oscuro no dejaran ver nada de sus piernas cuando las cruzó.

—Pero eso es todo lo que puedo decirte: cómo iba vestida yo, cómo iba vestido él y su aspecto. También que su automóvil era muy grande y rojo oscuro. Por lo demás, no recuerdo una sola palabra de lo que hablamos. Mi tía se quedó con nosotros todo el tiempo. Siempre había alguien con nosotros. Mi tía, mi hermana Teresa y hasta en algunas ocasiones Manuel y más raramente mi papá. Los que hablaban eran ellos. Yo nada más los oía, pero Eugenio no me caía mal, sólo me daba mucho miedo. Y ése no era el miedo agradable que sentía con Victoria, sino un miedo parecido al de los sueños. En algún momento, ya era su novia.

—¿Te besaba? ¿Qué llegó a hacer contigo?

—Nunca me besó, nunca llegó ni a tocarme la mano; me parece, no: estoy segura de que nunca llegamos a estar sentados en el mismo lugar. Recuerdo poder verlo siempre de frente o de lado en otro sillón. Nos sentábamos juntos en el cine y entonces siempre estaban Teresa o mi tía. Sí me acuerdo de cómo me miraba y, entonces, sentía miedo, aunque me gustaba gustarle. Tal vez él esperaba besarme cuando ya fui su novia, tal vez el mismo día que se me declaró. Todos deberían saber qué iba a pasar ese día, porque nos dejaron solos. Teresa, que era la que estaba en la sala con nosotros, puso el pretexto de que tenía que ir a buscar algo para Eugenio,

porque así deberían habérselo ordenado, y nos dejó solos. Eugenio se me declaró muy rápido. No me dijo que quería ser mi novio, sino que quería casarse conmigo y yo le contesté que todas las mujeres deberíamos o teníamos que casarnos y salí corriendo de la sala. Me fui hasta la casa de mi abuela. Pero no le dije nada. Sólo por la noche, después de haber hablado con mi papá y mi tía y con Manuel, que se presentó porque también ya lo sabía todo, por teléfono le expliqué a Eugenio que mi carrera era una forma de aceptar su proposición. Los odié a todos, hasta a Manuel, a Manuel más que a nadie, porque me dejaron sola en el teléfono mientras hablaba con Eugenio. Debería ser idiota. Creo que soy idiota.

Pero a Inmaculada le encantaba vestirse especialmente cada vez que Eugenio iba a visitarla. Lo hacía con un extremo cuidado y Eugenio podía pensar que le gustaba advertir su admiración y el movimiento de retroceso, cada vez que podía suponer que él iba a acercarse, se tomaba como timidez natural cuando el terror de reconocer que había aceptado a Eugenio e iba a casarse cuando no quería ni sabía cómo evitarlo no era natural ni iba a romperse nunca, al contrario de lo que Eugenio esperaba y Manuel y Rosario le aseguraban. Inmaculada no dejaba de ser consciente en ningún momento del paso del tiempo, aunque se negó a ir a cenar con los padres de Eugenio porque le daba vergüenza, dijo, ni a conocer la casa que él le ofrecía, y cada día la acercaba más a eso que no quería sin saber qué era lo que no quería y sin atreverse a hablar con nadie de ello. Hasta su abuela comentaba con una inquietante tranquilidad que Inmaculada iba a casarse igual que lo habían hecho Rosario y Carmen y hasta su propia hija, la mamá de Inmaculada, cuya fotografía ella sacaba del ropero y miraba con más atención que nunca sin que su madre, quieta en la fotografía, fija en la edad en que la habían fotografiado, pudiera contestar a las preguntas que Inmaculada necesitaba hacerle, con lo que, para Inmaculada, pasó a ser tan inútil como Rosario o Manuel o su abuela, aunque no la odiara como odiaba siempre a su madrastra y tantas veces a su padre, entre los que, dentro de la misma casa, siempre estaban presentes los demás hermanos con los que no resultaba imaginable poder hablar. Sólo Carmen, que se había ido a vivir con su marido a otra ciudad, resultaba inocente y ella fue la única solución cuando empezó a comentarse que deberían imprimirse las invitaciones para la boda e Inmaculada tampoco mostró más que una decidida aceptación ante el cura con el que ella y Eugenio, acompañados por su madrastra, fueron a conversar. Una tarde, Inmaculada llenó una pequeña maleta y luego la escondió bajo la cama. Desde su cuarto, por la ventana, vio llegar, como de costumbre, el automóvil de Eugenio.

—Sabía que era la última vez que iba a verlo y me daba un poco de pena espiarlo mientras se bajaba de su automóvil y tocaba en la casa. No se imaginaba nada

de lo que yo iba a hacer. Tuvo que esperarme más que de costumbre. Mi tía ya estaba en la sala cuando entré. Me había puesto la misma falda tableada, el mismo suéter y una camisa blanca también, como el primer día. No lo recordó. Eso lo tuve muy en cuenta. Yo recuerdo muy bien que él estaba vestido de azul y a mi tía, mi madrastra, la esposa de mi padre, la mamá de mis hermanos, lo que fuera, muy contenta en el sofá viendo a Eugenio ponerse de pie cuando entré. Ahora tendría muchos hijos y sería una persona un poco gorda y respetable, como mi tía, como ya empezaba a serlo Rosario. Así hubiera sido si me hubiera casado. ¿No es cierto? Eugenio empezó a hablarnos a mí y a mi tía de la que sería nuestra casa y mientras lo escuchaba me di cuenta de que tenía una tristeza muy grande, no porque no fuera a vivir nunca en la casa de la que Eugenio hablaba, sino porque mi casa iba a dejar de ser mi casa. Cuando Eugenio se fue, después de cenar con toda la familia, antes de subir a mi cuarto, le di un beso a mi padre.

—¿Y ahora qué te pasa a ti? —comentó él.

—Nada. Eres mi papá —contestó Inmaculada.

—¿Acabas de darte cuenta? —dijo riéndose el padre de Inmaculada con un inesperado buen humor en su cara seria y gastada, con la nariz un poco ganchuda, el bigote blanco y las canas sobre las sienes.

—Tal vez. Tal vez tú hayas tenido la culpa —respondió Inmaculada con unas irreprimibles ganas de llorar.

La solución fue volverse a ver a su madrastra con el gesto de desdén y desprecio en la boca llena y tierna. Después Inmaculada salió corriendo del comedor, con los brazos doblados a la altura del pecho, los puños cerrados y pasos ágiles que acentuaban su esbelta figura, la forma en que corría siempre y que había usado mucho antes para ir a ver a su abuela con el traje de montar, cuando dejó a Manuel en la casa y también iba llorando. Todavía pudo oír el comentario de su padre a algunos de sus hermanos:

—Es la más chica y la peor de todos ustedes.

Esa misma noche Inmaculada salió de su cuarto para comprobar si podría dejar la casa sin que nadie lo notara. Regresó a su cuarto, sacó la maleta de debajo de la cama y con ella en la mano, como cuando la dejaron en el internado, aunque la maleta era mucho más chica, recorrió las calles de la ciudad y tomó un autobús hacia el lugar donde vivía su hermana. En la estación había tenido miedo y nostalgia, mucho miedo y mucha nostalgia. Se estaba despidiendo de algo y no sabía con exactitud de qué, de su casa, de su padre, de sus hermanos, de su abuela, hasta de su tía y de Eugenio. Pero el miedo demostraba que era sólo una niña. A pesar de que apagó enseguida su luz, no podía verse la carretera y se quedó dormida muy pron-

to. Probablemente soñó algo, pero ahora al despertar había llegado efectivamente a una meta.

Fue su hermana la que abrió la puerta de la casa y la vio con la maleta en la mano, vestida todavía con el suéter, la camisa blanca y la falda tableada a cuadros verdes y negros. Inmaculada se echó a sus brazos dejando caer la maleta y pudo llorar con alguien al fin.

—Carmen me dio otra imagen de mi vida, una que iba más con mi miedo a casarme con Eugenio, en la que todos suponían que era muy feliz en mi casa, en la que yo corría todo el tiempo y Manuel me llamaba Lince. Era verdad. Yo recordaba eso. Había corrido la noche anterior para subir a mi cuarto y de pronto también me recordaba patinando sobre los mosaicos mojados con los pies descalzos junto con mis hermanos más chicos. Pero eso me hizo llorar más. Igual que mi abuela, Carmen me acariciaba el pelo y me prometía que iba a arreglar todas las cosas.

Durante todo el día, Inmaculada no se separó de Carmen más que para entrar al baño. Allí se bañó, fijándose muchas veces en su cuerpo, el que nunca iba a tocar Eugenio, poniendo el dedo sobre su lunar al enjabonarse, al secarse. Al salir envuelta con la toalla y quitársela delante de Carmen, pensó que ya era otra, aunque no supiese quién era esa otra y no le dio miedo, no sintió ganas de llorar por todo lo que había dejado atrás y que le gustaba, algo de su casa, su cuarto ante cuya ventana enrejada veía llover mucho tiempo atrás, su hermano Manuel cargándola para subirla al caballo, los trajes blancos que le ponía Rosario. Carmen le dijo que había que avisarle a su padre que estaba allí, con ella y su marido, prometiéndole que no iba a dejar que su padre la viera, asegurándole que ahora la casa de Inmaculada era la casa de su hermana.

Su padre fue a buscarla, pero Carmen cumplió su promesa. Inmaculada estaba encerrada en una habitación mientras oía discutir a su padre y a su hermana y también, de vez en cuando, las lentas y calmadas intervenciones de su cuñado. Él jamás levantaba la voz a diferencia de Carmen y su padre que gritaban sin cesar. Durante toda la discusión Inmaculada permaneció inmóvil detrás de la puerta de la habitación en la que estaba encerrada. Oía a su hermana gritarle a su padre y hablar de ella, tratar de explicarle, sin que su padre le hiciera caso en nada, todo lo que Inmaculada le había contado sobre su imposibilidad de aceptar a Eugenio y la manera en que se lo habían impuesto.

—¿Te das cuenta de que nadie, ninguno de nosotros y tú menos que nadie, sabe nada de ella? —escuchó decir a su hermana.

Por una vez, en vez de gritar su respuesta, el padre se quedó callado e Inmaculada, muy orgullosa, reconoció que nadie sabía nada de ella y ella tampoco

más allá de lo que Carmen le había dicho sobre la imagen que daba a los demás.

Lo último que le oyó decir a su padre, con voz tensa y rasposa, fue una frase a la que no le dio importancia en el momento de oírla y que sólo le produjo alivio al principio:

—Es malo que los hijos desobedezcan a sus padres; es peor que pretendan ignorarlos. Inmaculada está muerta para mí.

También mi mamá está muerta para ti y nunca te has acordado de ella, sintió Inmaculada, incapaz de encontrar las palabras para ese pensamiento, mientras oía salir de la sala a su padre con su hermana y su cuñado.

Al dejar de oírlos, sintió que también le daba miedo estar muerta para alguien. Apenas su hermana golpeó en la puerta de la habitación pidiéndole a Inmaculada que le abriese y ella obedeció, repitió la última frase que le había oído a su padre.

—Estoy muerta para él.

—No hagas caso —contestó Carmen—. Ya lo conoces. Es imposible que acepte sin protestar tu conducta, hasta es imposible que acepte la mía. Seguro lo oíste. Tuvo que hablar con tu novio y estar de tu lado tratando de justificarte.

—Pero para él estoy muerta, como mamá —dijo Inmaculada.

—No como mamá. Al contrario. Para él estás demasiado viva —hizo una pausa, se rió de una manera que hacía a Inmaculada reconocerse en ella y agregó—: Y mucho más viva para Eugenio. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Inmaculada con una falda negra recta, con una blusa de seda blanca, con mocasines y el pelo cayéndole a ambos lados de la cara, tenía una forma de belleza que era todo menos inocente y pedía que se casara de inmediato. Simultáneamente, sus gestos, movimientos y actitudes conservaban algo muy infantil. Mirando a Carmen con sus grandes ojos oscuros se puso sobre la punta de los pies, alzó un instante los hombros, se dejó caer y confesó:

—No lo sé.

Carmen resistió el impulso de pasarle el brazo por los hombros y acercarla a sí.

—Y yo tampoco —dijo.

—El que debería resolverlo es Manuel. Después de todo, él tuvo la culpa —comentó Inmaculada.

—No metas también a Manuel. Bastantes problemas debe tener con tu novio, que es amigo suyo —se sintió obligada a contestar Carmen.

En este momento el marido de Carmen entró a la sala donde estaban hablando las hermanas. Al salir a acompañarlo hasta su automóvil, el padre de ellas le había preguntado qué hubiese sentido si Carmen antes de la boda se hubiera por-

tado como Inmaculada. Le había respondido que eso era imposible. Carmen siempre estuvo preparada para casarse; probablemente, Inmaculada no lo estaría nunca.

—¿Qué vamos a hacer? —repitió Carmen, preguntándose ahora a su marido.

—¿Qué quieres hacer tú? —le dijo su cuñado a Inmaculada.

—Yo sé que no quiero casarme, pero no sé qué quiero hacer. Ustedes tienen que decidirlo —contestó Inmaculada, echando hacia atrás los brazos para unir las manos.

Esta vez Carmen cedió al impulso de rodearle los hombros con el brazo y acercarla a su cuerpo. Inmaculada se dejaba abrazar como Carmen no recordaba que lo hubiera hecho antes.

—Eres demasiado niña y no eres ninguna niña. No sé qué eres —dijo Carmen. Sin apartarse del abrazo de su hermana, Inmaculada miró a su cuñado:

—¿Qué voy a hacer? —le preguntó.

El cuñado la miró refugiada en Carmen y no dijo nada.

—Por lo pronto, quedarte aquí. Algo encontraremos —respondió Carmen.

Durante más de una semana Inmaculada vagó sin propósito por la casa siguiendo a su hermana, durmiendo mucho, volviendo a soñar que caminaba o corría por laberintos de todo tipo, conocidos y formados por las calles de su ciudad natal unas veces, otras desconocidos, tan inhóspitos como sentía las calles de su ciudad, con rocas al borde de precipicios o recortados arbustos uniformes en geométricos jardines, entre los que nunca encontraba la salida. De todos modos, al llamarla, Carmen no tardaba en estar a su lado e Inmaculada perdía de inmediato el miedo que la acompañaba durante sus sueños y entraba al día que sería igual al anterior.

Ella tampoco sabía lo que era, sólo sabía lo que no quería y entre las cosas que no quería, aunque reconociese su imposibilidad, estaba que su situación cambiara. Sin embargo, la casa de Carmen no era un refugio seguro. Una de las criadas entró una mañana al cuarto donde Inmaculada estaba con su hermana para decir que el novio de la señorita Inmaculada estaba en la puerta y quería hablar con ella.

—No, yo no quiero, no quiero, no puedo, no me atrevo, me da miedo. Habla tú con él, Carmen, por favor —pudo decir Inmaculada muy rápidamente, con todas las palabras formando una sola, subiendo las sábanas hasta taparse la cara con ellas.

Carmen tuvo que recibir a Eugenio y explicarle que Inmaculada no era capaz de enfrentar su presencia. Eugenio se mostró razonable y correcto, confundido, triste, avergonzado, empeñado en ocultar cualquier señal que le produjera no sólo la conducta de Inmaculada sino también la vergüenza ante su dolor y la necesidad de admitir su desconocimiento de la que tantas veces había estado con él en la sala de la casa y de la que estaba seguro de poder vencer el miedo que a veces advertía en

la deliciosa figura a la que no dejaba de admirar y desear en ningún momento y a la que veía entrar y tenderle su larga mano. Carmen lo besó en la mejilla.

—Espérala un tiempo, espérala —mintió, conmovida por Eugenio.

—Sí. La esperaré. Es lo único que quiero —aseguró él.

Una vez que se hubo ido Eugenio, Carmen entró al cuarto donde ya no estaba Inmaculada, recorrió la casa, se asomó a la huerta y la llamó a gritos. Ella salió de entre los árboles y fue acercándose muy despacio, con la cabeza inclinada hacia el piso y mirando adelantarse sus pies.

—Tengo vergüenza —dijo al llegar junto a su hermana—. No debería ser así, lo sé, pero no puedo evitarlo. Nunca voy a enfrentar las cosas, siempre voy a dejar que sea demasiado tarde para poder explicar lo que me pasa —dijo.

—No pienses en eso. Eugenio ya se fue —contestó Carmen y no pudo dejar de agregar—. Pero prometió esperarte.

—Esperará para siempre —aseguró Inmaculada.

Después, Carmen habló mucho con su marido. No quería equivocarse. Le contó todo a Inmaculada. Ella nunca mencionó lo que esperaba de ese sitio desconocido y entre gente desconocida aunque hubiese oído hablar muchas veces de ellos y Carmen aumentó sus recuerdos y le aseguró que eso era lo que debía hacer. Iría a la casa de Soledad, una hermana de su madre, casada con el que sólo conocía de nombre como su tío Salvador, que no tenían hijos y vivían en la capital. Inmaculada había escuchado todas las conversaciones por teléfono, supo de la manera en que Carmen había convencido a su tía de recibir por un tiempo a Inmaculada y de la aprobación de su tío Salvador; no supo que Carmen le había hablado también a su padre y lo había convencido, con argumentos tajantes, de la necesidad de que Inmaculada se alejase de su casa y olvidase las obligaciones que le habían impuesto.

El niño se quedó con su nana. Salieron en automóvil cerca del final del día. Inmaculada iba en el asiento de atrás, apoyada en el respaldo del de adelante con la cara sobre las manos, sin hablar ni cambiar de posición, mirando muy atentamente el camino. El cielo se iba manchando de rojo en un atardecer interminable. Su cuñado manejaba en silencio y Carmen miraba también el camino. Ellos deberían estar inquietos; Inmaculada no: se despedía del paisaje que, estaba segura, miraba por última vez en mucho tiempo. Siguió en la misma posición cuando oscureció, aunque su hermana fingió que se había quedado dormida y su cuñado estaba atento sólo al manejo. El plan de salir al terminar el día para pasar por la ciudad natal de Inmaculada cuando ella estuviese dormida fracasó por completo. Cansada del fingido sueño de su hermana y del silencio de su cuñado, Inmaculada abandonó su posición y se sentó junto a una de las ventanillas. Carmen abrió los ojos y cuando

se volvió hacia Inmaculada encontró los suyos abiertos también. Se sonrieron mutuamente sin que ninguna de las dos supiese qué decir. Al pasar por su ciudad natal, Inmaculada les rogó que rodearan la plaza, que se desviarán para pasar frente a su casa y también frente a la de su abuela. Era muy tarde, las hojas de los álamos dorados estaban inmóviles, la ciudad dormida y las calles solitarias tenían un aire misterioso y al mismo tiempo singularmente vivo e inmutable. Carmen sorprendió a Inmaculada pasándose el dorso de la mano por los ojos. Le preguntó si estaba arrepentida, si no sería mejor regresar a la casa de su padre. Inmaculada movió de un lado a otro la cabeza.

—¿De qué debo hablar? ¿De ese momento? Se recuerdan las cosas que puedes ver, las cosas que puedes oír, hasta los olores y sabores. Cuando recuerdas algo de los sueños, esa imagen es todo el sueño. Yo lloraba mucho y las lágrimas que tenía al despertar eran el sueño, pero no hubiese sido capaz de describirlo. En cambio, de mi llegada aquí lo recuerdo todo. Cuando salimos de la ciudad y tomamos de nuevo la carretera, no había más que silencio, oscuridad y las luces de los que venían enfrente. Su marido manejaba y Carmen no se volvía hacia mí, como si mi negativa hubiese sido algo definitivo. Lo era, sólo que me daba miedo. Luego debo haberme quedado dormida. Al despertar, ya habíamos llegado. Carmen me preguntaba a cada momento qué me parecía lo que veía y yo siempre respondía: “No sé”. Y de nuevo no sé si lo que recuerdo corresponde al momento en que llegué aquí o a lo que pasó después, pero me gustaron, creo, algunas de las avenidas tan largas, y la que me dijo Carmen que era la avenida en que iba a vivir, con el camellón en el centro y eucaliptos a los lados y en las banquetas. Entré a la casa de mis tíos. Claro, me resultaba inconcebible que se pudiese vivir en lugares tan chicos, pero todo llegó a ser natural, a formar lo que era mi vida: la casa, la avenida, mis tíos. Carmen y su marido sólo estuvieron un día y desde la primera noche, que ellos pasaron en un hotel, me dejaron sola con mis tíos. No teníamos de qué hablar, yo no sabía cómo tratarlos ni ellos a mí. Pero es cierto, no sólo en los sueños sino en todo: se tiene alguna imagen que luego permanece. Puedo ver a mi tío Salvador sentado en el sofá de la sala con las piernas muy abiertas, los codos sobre los muslos, las manos hacia adelante, entrelazadas, y sé que, viendo a mi tía, trataba de identificarla con mi mamá porque se parecía a la fotografía, aunque no era sencillo. Mi mamá era una fotografía, yo no me la imaginaba más que como una fotografía, mientras que mi tía Soledad estaba presente y no duró mucho en ser más real que la fotografía. Tenía una voz, una manera de hablarme que se volvió la voz de mi mamá, la manera de hablarme de mi mamá. También una manera de moverse y de caminar, una mirada, unas manos. Luego, apenas empezaba a acostumbrarme a estar allí, apenas sabía que mi tío Sal-

vador se iba a trabajar y no regresaba hasta la noche, apenas había empezado a estar de veras en la casa de la que no me atrevía a salir sola y mi tía hacía que la acompañara a las compras que tenía que hacer, para que fuese conociendo mis rumbos, fue a dejarme a la Academia. Era como volver a empezar a estar en la ciudad, pero también, aunque no se usaban uniformes, era como entrar a una nueva escuela y eso ya me había pasado. La Academia estaba muy cerca de la casa y enseguida me hice amiga de dos muchachas que vivían a dos cuadras de la de mis tíos. Se llaman Andrea y Josefina. Ves, me has obligado a decirte cosas que explican hasta por qué no podía recordar.

—Pero eso no es todo. Estar por el mundo... No sólo te has obligado a explicarme por qué sentías lo que no recordabas que sentías. ¿Te das cuenta de que al hacerlo también me has hablado de muchos mundos, según el tiempo en que viviste en ellos y que en cada mundo eras diferente, que, como muy poca gente, no tienes una sola memoria, sino muchas memorias que parecen pertenecer a diferentes personas y tienes varios mundos que están situados dentro de diferentes tiempos y eso basta para que tú seas distinta en cada uno de ellos?

—No es cierto. En lo que te he contado hasta ahora, yo sólo puedo aceptar dos. El que logré olvidar, en el que era una niña muy mala...

—Todos los niños son malos, o no son malos, sino otra cosa, tienen una curiosidad diferente. Lo que tú fuiste es una adolescente muy mala con Victoria y luego, de nuevo, con Joaquina.

—Debes tener razón. Pero cambié por completo. Logré negarlo todo y fui una adolescente muy buena, que no podía aceptarse haciendo nada malo y tenía miedo del mundo de los mayores. Por eso era tan fácil espiar a Eugenio desde mi cuarto, donde era niña todavía. Seguí siendo niña con Carmen y con mi tía Soledad y mi tío Salvador. Allí, con ellos, el cuarto era mucho más chico, pero era mi cuarto y podía asomarme a la ventana y ver la avenida por la que luego iba a irme a la Academia con Andrea y Josefina. En la Academia había maestros y maestras; aprendí mecanografía y taquigrafía y un poco de inglés, el que tú sabes que sé. Ocupaba dos pisos en un edificio. El director era español y su hijo, que no estudiaba en la Academia, usaba pantalones bombachos. Yo nunca había visto a nadie que usara pantalones bombachos. Nos reíamos de él. Pero lo importante de la Academia no fue ningún maestro, ninguna maestra, lo que aprendí, sin darme cuenta; lo principal fue que me acostumbré a vivir con mis tíos, a estar aquí, en esta ciudad, y a que Andrea y Josefina eran mis amigas. Andrea es más alta que Josefina, las dos eran delgadas, tenían el pelo castaño, muy corto, los ojos claros y una voz ronca que parecía de hombre. Me gustaba mucho ser amiga de ellas.

—¿Cómo eras amiga de ellas?

—De la manera más divertida del mundo. Se usaban las faldas muy cortas. Yo imité la forma en que se vestían Andrea y Josefina. Al principio, mi tía Soledad se escandalizaba de que pudiéramos vestirnos así, aunque ella, igual que todo el mundo, terminó usando esas faldas también. La Academia era mixta. Nosotras coqueteábamos con todos y nunca estábamos solas con nadie. Las tres siempre juntas. Los sábados y muchos domingos, después de ir a la iglesia, nos subíamos a la azotea de su casa. Desde allí se veían las huertas de muchas casas como si fuera una sola; pero yo ya no pensaba en mi casa, la otra, la que tenía una huerta de verdad. Me había comprado un traje de baño igual a los de Andrea y Josefina. En la azotea de su casa, con la manguera, nos mojábamos una a la otra y apenas me vio en traje de baño, Josefina se fijó en mi lunar y muchas veces, riéndose más por eso, me dirigía el chorro de agua directamente allí. Eso era lo más malo que hacíamos. De pronto la que tenía la manguera se acercaba tanto a las otras que nos hacíamos daño con el agua. Nos reíamos, nos reíamos mucho y era bonito estar mojadas y secarnos luego al sol mientras mirábamos por un lado los eucaliptos en la avenida y por el otro los manzanos, las higueras, los árboles de las huertas. Eso sí era ser adolescente, algo muy distinto a recibir las visitas de Eugenio Flores. Sin embargo, Josefina fue la primera en tener novio. No alguien de la Academia, sino uno de los muchachos que iban a vernos salir al terminar las clases. Luego, Andrea la imitó. Los veían a escondidas y me hablaban de ellos. A mí me daba un poco de vergüenza lo que me contaban de cómo las besaban y de cómo sabían que sus novios querían hacer más y no se dejaban, aunque ellas también querían. Yo nunca me había atrevido a hablarles de Eugenio Flores; pero cuando un muchacho empezó a seguirme con su motocicleta apenas me quedaba sola, porque Andrea y Josefina se iban por su lado ya, me decidí a dejar de caminar una tarde y contestarle. Entonces, yo también empecé a tener novio.

—¿Qué hiciste con él?

—Nada. Debí hacerlo todo, pero él ni siquiera me lo pidió. Se llamaba Diego. Ya no existe, no está en ningún lado, en mi memoria, tal vez, ahora que te lo cuento. Debía sentirse tan indeciso como yo. Yo les preguntaba a Andrea y Josefina cómo habían empezado a besarlas sus novios. Había sido muy natural, de pronto estaban besándose. En cambio, Diego nunca lo intentó, aunque yo no quería más que eso, aunque yo ya era como Andrea y Josefina y hasta le contaba que nos poníamos en traje de baño para mojarnos en la azotea. No me gusta hablar de esto, es lo único que me duele, porque tanto Diego como yo tuvimos la culpa de que haya tan poco que contar sobre nosotros. Él me llevaba en su motocicleta. Cuando Andrea y Josefi-

na se iban con sus novios, yo me iba con él. No estábamos mucho tiempo juntos. Había que engañar a mis tíos como Andrea y Josefina engañaban a sus papás. ¿Engañar para qué, si mucho más miedo que a mis tíos nos teníamos Diego y yo uno al otro? ¿Sabes qué? Las ganas de que pasase algo con él se deben haber convertido, un poco, en lo que sentía con el agua de la manguera y esperaba que llegara la decisión, nuestra decisión de besarnos, de hacer todo juntos. Mis tíos conocieron a Diego porque me vieron llegar con él. Los quise mucho, más de lo que creía haber querido a nadie, el día que me dieron permiso de verlo. Fue en el comedor y luego yo me subí a estudiar a mi cuarto mientras ellos veían televisión y mi tía Soledad entró a darme un beso cuando ya estaba acostada. Me gustó que estuviera sentada en la orilla de mi cama. Pero ni ella sabía que los domingos, en vez de quedarme con Andrea y Josefina en su casa, me iba a la carretera con Diego en su motocicleta. Le rodeaba muy fuerte la cintura con los brazos y a veces apoyaba la cabeza en su espalda. Íbamos muy rápido, pasábamos a todos los automóviles, y los pinos y luego los llanos con flores giraban, giraban. Así, sentada detrás de Diego, tomándolo por la cintura, con la cabeza apoyada en su espalda mientras todo giraba, si separaba la cabeza de la espalda de Diego sentía el aire, el pelo se me pegaba en la cara, se apartaba, yo le apretaba la cintura a Diego con los brazos y era mucho más que dejarlo tocarme la mano, era como besarlo en la boca, como dejar que me besara en todos lados y abrazarlo desnuda como lo soñaba muchas veces y me prometía no hacerlo nunca, era como sentir allí, en la motocicleta, agarrada a Diego, apretándolo cada vez más, lo que Victoria me hizo sentir, eso era lo que pasaba, aunque no me diese cuenta. Cuando mis tíos se enteraron de que no me quedaba en la casa con Andrea y Josefina me prohibieron salir a la carretera y luego, en la sala de la casa, por la noche, unos días después, me dijeron que habían decidido que no debería ver a Diego y mi tía empezó a dejarme y a ir por mí a la Academia. Era una desesperación. Lo veía de lejos, le suplicaba a mi tía que me dejase hablarle. La cercanía se convirtió en distancia. No tenía por qué vivir en su casa. Un domingo por la mañana, desde la ventana de mi cuarto, lo vi de pie junto a su motocicleta del otro lado de la avenida. Yo estaba en camisón. Me puse encima una bata. Bajé corriendo, descalza. Puedo ver esa escena como si no hubiese sido yo la que hice todo eso. Es como un sueño. Apenas estuve junto a él, le dije que, así como estaba, me llevase consigo. Pero mi tía venía corriendo atrás, me agarró por la cintura, muy fuerte, como yo a Diego en la carretera. También salió mi tío. Entre los dos me encerraron en el cuarto. Cuando me asomé a la ventana, Diego ya no estaba. Me acosté a llorar en la cama. Sólo tenía odio, por mis tíos, pero también por Diego que se había ido, y por mí, que hasta había creído que quería a mis tíos, que lo creí en una época. Todo lo que

le pasa a una cuando empieza a ser buena es un melodrama. Ese día Diego se salió de la carretera en una de las curvas que tomaba con tanta facilidad cuando mis brazos estaban alrededor de su cintura. La que me lo dijo fue Andrea, dos días después, cuando ya había pasado todo.

Inmaculada no iba a cambiar, no le hablaba a sus tíos, comía un poco de la comida que le dejaban frente a la puerta de su cuarto cuando nadie la veía abrir para tomarla, salía al baño lo menos posible, sólo recibió a Andrea y a Josefina, bajó varias veces a hablar por teléfono con Carmen como si su tía, que intentaba hablarle, no estuviese a su lado, como si no pudiese oír lo que le decía a Carmen de ellos mientras le suplicaba que viniese a recogerla y fue Carmen la que pasó por ella cuando su tía Soledad le habló también admitiendo que ni ella ni Salvador sabían qué hacer.

Fuera de la casa, en un parque, sorprendida ante el aspecto de Inmaculada, de la que no había advertido en sus visitas anteriores que pudiera verse tan mayor, ante la negativa de ella de volver a la casa de su padre, Carmen propuso entonces otra solución de la que había hablado también con su padre.

—¿Sabes que Alfredo está estudiando aquí? Nunca te lo había dicho porque tú te negabas a que nadie supiera dónde estabas —dijo.

Alfredo era el tercero de los hermanos de Inmaculada, el que nunca se ocupara de ella como lo habían hecho sus hermanas, como lo había hecho Manuel, el que jamás reparara en ella como lo hacía a veces Pedro, el que estaba siempre en algún internado y demasiado cerca de la edad de Inmaculada para verla realmente.

—No, no lo sabía. ¿Cómo iba a saberlo si no me lo habían dicho nunca y si Alfredo existe tan poco para mí como yo para Alfredo? Sólo me acuerdo de él en el comedor de la casa. Se sentaba entre Pedro y Teresa, frente a ti y a Manuel. No recuerdo cómo hablaba ni qué decía. No iba a la hacienda casi, tenía miedo de montar a caballo. Manuel me lo comentaba riéndose —contestó Inmaculada, con su corta falda color vino y una blusa negra, levantándose de la banca del parque mientras hablaba y empezando a caminar delante de Carmen y su marido, alta y esbelta, deteniéndose finalmente frente a ellos como si esperara lo que iban a decirle después del intento de entregarles su propia imagen de Alfredo.

Inmaculada, sobre el camino de grava roja, resultaba seria e infantil al mismo tiempo, contradictoriamente dueña de sí misma en medio de su total irracionalidad, de pie frente a ellos, como los árboles del parque detrás.

—Alfredo se parece a ti, los dos se parecen a mamá. Tampoco se lleva bien con nuestra tía y estudia mucho, siempre ha estudiado mucho. Ahora está en la Universidad. Vive solo en un departamento casi al principio de la carretera. Tiene automó-

vil. Allí sólo se puede llegar en automóvil o por detrás, en camión, desde el centro, sin pasar por la Universidad —le explicó Carmen a Inmaculada.

—¿Para qué me cuentas todo eso? —preguntó Inmaculada.

—Antes de venir a verte, hablé con Alfredo. Se acuerda muy bien de ti. Hasta mencionó la manera en que le hablabas a nuestra tía. Está dispuesto a recibirte en su departamento si lo ayudas ocupándote un poco de la casa —siguió explicando Carmen.

Inmaculada pensó en Andrea y Josefina, en la Academia. Al tratar de imaginarse a Alfredo no sentía miedo, sino curiosidad.

—Vamos a ver a Alfredo —dijo al fin. Se acercó a Carmen y le extendió la mano tomando la suya y obligándola a ponerse de pie—: Tienen que ayudarme a hacer mi maleta.

Desde la banca, el marido de Carmen las miró. Otra vez era como si sólo existieran las dos hermanas y no importase que él las escuchara. Le desconcertaba y seducía el poder de Inmaculada.

—Me da miedo que seas así y haberte ayudado a ser así, sentir que debe ser culpa mía en parte —confesó Carmen.

Inmaculada tiró de la mano de su hermana y se volvió hacia su cuñado.

—Llévanos a la casa de los tíos —dijo.

Sin embargo, se negó a bajarse del automóvil cuando estuvieron frente a la casa. Carmen y su marido fueron los que entraron a hablar con la tía Soledad y a sacar las cosas de Inmaculada. Ella se quedó mirando la casa. La puerta, la fachada, la ventana de su cuarto. Era verdad que quería a sus tíos, pero tampoco podía dejar de pensar en Diego, en la salida que borraba todas las demás cuando ella corrió a su encuentro. Si había vivido allí, si había ido a la Academia, si había conocido a Andrea y Josefina, todo eso pasaba a formar parte de lo que había permitido que conociera a Diego o quizás fuese al revés. Daba lo mismo. Al mirar la casa, al recorrer con la vista la avenida, lo que quería era alejarse. Pero antes debía despedirse de Andrea y Josefina. Fue lo que dijo cuando Carmen y su marido salieron con la maleta y la ropa que no cabía en ella cargada, a la vista de Inmaculada. Carmen no comentó nada sobre su tía.

Fueron a la casa de Andrea y Josefina sin dar la vuelta, echando en reversa el automóvil de acuerdo con las instrucciones de Inmaculada. Se bajó y tocó el timbre en una casa cuya fachada era muy semejante a la de sus tíos. Salió a abrir una señora con un delantal, con el pelo estirado para formar un chongo, de cara larga, los ojos claros y que besó a Inmaculada. Ella habló algo con la señora y luego se acercó al automóvil.

—Andrea y Josefina no deben tardar. Están en la Academia. Su mamá quiere que bajen mientras las esperamos —les explicó Inmaculada a Carmen y a su marido y ellos vieron a la señora que les sonreía desde la puerta.

El asiento de atrás del automóvil estaba cubierto en gran parte por la ropa de Inmaculada. Carmen vio a su hermana mirándola como si de pronto le extrañara verla allí. Estaba con los dos brazos apoyados en el marco de la ventanilla mientras les hablaba a ella y a su marido al mismo tiempo, estaba muy lejos, donde nadie podía seguirla como cuando se alejaba corriendo, tal vez en el lugar sin meta de sus sueños, pero Carmen sólo veía a Inmaculada dejando de hablar con ellos, absorta en la contemplación de su ropa.

—Déjame bajar —le dijo a Inmaculada.

Fue una especie de orden que volvía a Inmaculada al presente. Se hizo a un lado, Carmen bajó y su marido también. La señora seguía esperando en la puerta. Inmaculada sentía un visible orgullo al presentarlos. La sala de la casa era igual también a la de sus tíos. Las presentaciones fueron fáciles y resultaba difícil encontrar de qué hablar una vez que estuvieron instalados en esa sala. Inmaculada era capaz hasta de subir los pies al sillón donde estaba sentada, poniéndolos bajo sus muslos tal como lo permitían sus cortas faldas, o de descruzar las piernas, apoyar uno de los pies en el piso, el otro en la orilla del sillón y dejar que su zapatilla se saliese del talón y colgase de la punta del pie, pero no de establecer alguna posibilidad de conversación entre su hermana, su cuñado y la señora de la casa, en la que ella podía estar acostumbrada a estar, pero Carmen y su marido se sentían tan incómodos como la madre de Andrea y Josefina.

Cuando ya se había hablado de que Inmaculada viviría con su hermano, cuando la señora, a la que Inmaculada presentara como doña Jose, había comentado que todos iban a extrañarla mucho, cuando se habían mencionado hasta los baños en la azotea, sin que Inmaculada, pensando en Diego, se dignase intervenir en la conversación ante la indignación de su hermana, por fortuna llegaron Andrea y Josefina. Entonces, los tres mayores se convirtieron en meros espectadores, se les permitía asistir a una escena que no hubieran tenido oportunidad de contemplar nunca: Inmaculada, Andrea y Josefina, como si estuvieran solas, hablando al mismo tiempo de la imposibilidad de Inmaculada de seguir en casa de sus tíos, de la tristeza ante el hecho de que se fuera y las seguridades que daba de visitarlas con frecuencia. Las tres se abrazaron y besaron mucho al despedirse. Después, Inmaculada besó a doña Jose con el cariño que Carmen pensó que debería haberlo hecho con sus tíos. Las tres muchachas y doña Jose contenían apenas las lágrimas cuando se despidieron en la puerta de la casa. Inmaculada volvió a repetir que las vería muy pronto.

EL DEPARTAMENTO de Alfredo estaba en el quinto piso de uno de los últimos edificios en el vasto conjunto formado por lo que alguna vez fuera la Villa Olímpica. El elevador era muy chico, tanto que Inmaculada, Carmen, su marido, la pequeña maleta y la ropa suelta que las dos cargaban apenas cupieron en él y al entrar al departamento éste era muy chico también, tenía paredes de ladrillos sin enjalbegar, pero resultaba agradable con los libros y los pocos muebles de Alfredo. Las amplias ventanas de la sala y de uno de los cuartos permitían que pudieran verse, como si estuvieran al alcance de la mano, las montañas de la cordillera que rodea la ciudad. El conjunto de edificios cercado y con un policía en la garita de la entrada, con sus pequeños espacios verdes, su intrincada red de calles interiores, sus poblados estacionamientos y el ruido de los automóviles transitando continuamente quedaba atrás apenas se entraba a aquel en el que estaba el departamento de Alfredo y se tenía la sensación de darle la espalda a todo el movimiento y estar en el campo. Fue contradictorio volver a ver a Alfredo. No era el que se sentaba con ella a la mesa, el que de vez en cuando se cruzaba con ella en la casa y al que veía en la calle, tampoco aquel del que recordaba que no le gustaba montar a caballo y Manuel se burlaba de él; era un desconocido en el que lejanamente podía reconocerse a sí misma y era su hermano. Inmaculada sintió un inesperado cariño y una profunda vergüenza mientras Alfredo la examinaba sin disimular su curiosidad.

—¡Qué grande y qué guapa estás! —dijo él al fin.

Iba vestido con un pantalón gris oscuro, un saco *sport*, camisa blanca y corbata.

Atrajo a Inmaculada hacia sí, le acarició el pelo igual que a Inmaculada le pareció que lo hacían todos los que la conocían, aunque con Alfredo se sentía mucho más turbada que con Manuel. Enseguida él la había besado en la frente y sin dejar de abrazarla le dijo Lince y rodeándole los hombros con el brazo para que siguiera pegada a su lado le preguntó a Carmen:

—¿Sigue corriendo igual que antes?